



Nuestras creadoras de la moda.

TACCOËN



¿UÉ lejos está el tiempo en que los entendidos en cuestión de indumentaria aseguraban que la ropa interior debía proteger al cuerpo contra la intemperie y contra la curiosidad indiscreta.

¡Qué lejos están estos tiempos! ¿Verdad, lectora? ¿Qué aplicación vamos á dar á la ropa interior? Porque, francamente, ya no nos sirve contra la intemperie. Ya no nos protege contra miradas indiscretas..., al contrario: pone de relieve y en valor las líneas armoniosas del cuerpo femenino.

Ahora la moda no es una agradable tiranía, es ya una obligación imperiosa á la cual no nos es permitido sustraernos. Hoy ya no basta decir «la moda»; para no equivocarse hay que decir las modas; antes nos interesaba una sola: la del traje, que llevaba consigo la del sombrero, como lógica consecuencia.

Actualmente existen una cantidad infinita, que debemos respetar sin razonarlas, y á veces sin entenderlas, para estar en *el mouvement*, como dicen



Camisa en linón de hilo, adornada de encajes Binches y motivos en «fils tirés».



Camisa en «Voile de soie» rosa, «fils tirés» y encajes «punto de París».

los franceses; no vamos á enumerarlas, nos perderíamos en la cuenta con seguridad.

Nos detendremos unos momentos sobre la moda de la ropa blanca.

Sabemos todos que la mujer moderna concede una importancia muy justificada al cuidado de su cuerpo. La higiene, la coquetería refinada han sido las causas de la resurrección de tradiciones olvidadas durante varios siglos.

Se va generalizando la moda, y pronto será una costumbre llevar la más bella y fina ropa interior que uno puede soñar.

Hemos llegado á tal punto que el arte de la *lingerie* es tan complicado y complejo como el de la modista.

¿Quién puede dudar, al admirar las delicadas prendas que reproducen los grabados de esta plana, que no han sido ideadas por artistas expertos é inteligentes?

Estaba enterada de que actualmente en París la moda de la ropa blanca era original y sugestiva, y queriendo cerciorarme del hecho fui á consultar á las muy amables señoras Taccoën.

«Taccoën, me dirás, paciente lectora, este nombre suena dulcemente en mi memoria. Evoca una época muy feliz en mi vida.»

¡Claro que sí! Taccoën es quien ha hecho tu *trousseau*, que tanto te enorgulleció.

Tienes razón, recuerdo muy bien ahora (qué cabeza la mía), recuerdo que me llevó á su casa mi amiga la señorita de Noriega, para que contemplase los primores de su *corbeille*.

También confeccionó la de la señorita de Argüelles; de ella hablaron todos los periódicos, pues



Fijad vuestra vista también en estos delicados pañuelos, muestras deliciosas de un trabajo primoroso y exquisito. El primero (empezando por arriba), encajes Malines; el segundo, encajes Milano y finos bordados; el tercero, encajes Milano, hechos á mano; el cuarto, en «fils tirés», y el quinto, greca con calados hechos á mano.

Taccoën, que ya nos había acostumbrado á ofrecernos maravillas, se había sobrepasado.

Pues bien: te estaba diciendo, lectora, que Taccoën ha regresado de París en estos días y que nos ha traído de la villa de ensueños sus más adorables creaciones.

Procedamos con orden para no equivocarnos. Nos sentaremos en una muelle butaca del severo salón de la calle del Marqués de Cubas, mientras Taccoën nos presenta la «última palabra» de la moda en ropa blanca.

Son primero los saltos de cama, vaporosos y coquetones y de una elegancia inaudita; hago memoria de algunos muy originales, que me han gustado particularmente.

Uno es de raso negro, adornado de gasa negra, bordada en oro viejo; otro, de tul color rosa y tul color lila, esta combinación de matices es la que predomina ahora, así como para la ropa interior el color gris; otro, hecho todo con volantitos, adornado de plata y oro y muy descotado por atrás, lo mismo que si fuese un traje de *soirée*.

Como dijimos antes, *le linge de corps* no posee la rigidez y sencillez de antaño. Viendo, por ejemplo, estas dos *combinaisons* de Taccoën, una persona



Camisa en linón de hilo, realizada de «fils tirés» y encajes Binches.

ajena en estas cuestiones, seguramente creería que se trata de la más lujosa *toilette de bal*; la forma, la riqueza de los encajes y bordados, la calidad de las telas, inducen en el engaño.

Luego, Taccoën nos ofreció los primores de sus creaciones de mantelerías. ¿Cuál elegir cuando se ven tantas y tantas admirables ejecuciones?

Taccoën, cuando va á París, no se contenta con traernos sus novedades más originales, no.

Cuando la pregunté lo que más la había interesado como novedad, me dijo:

—La riqueza de los bordados y encajes evocando lo antiguo.

Las tonalidades apagadas, como la combinación del rosa pálido, el lila y el gris, que tan suavemente se armonizan con el matiz de la piel.

Para las camas, las colchas realizadas con pieles y flores de lana y la nota original, aunque algo lúgubre, de las sotanas negras; y para convencernos nos desplegó una con un soberbio friso de puro estilo pompeyano.

La nota más saliente en París es la escasez de las existencias y, sobre todo, lo caras que están.

Esto no ocurre solamente en París; me parece que en Madrid no nos regalan aquellas prendas de lujo.

¡Qué tristeza pensar que estas divinas *combinaisons*, estas vaporosas camisas, estos saltos de cama evocadores, en fin, todas las creaciones de Taccoën se compran con dinero!

Un homenaje merecen las labores prodigiosas que Taccoën supo idear para la satisfacción de nuestras damas aristócratas que la visitan diariamente.

Una excursión al Guadarrama

Mañana era espléndida; una de esas mañanas llenas de sol, que invitan á pasear y obligan á bendecir este clima de España, merced al cual, en pleno invierno amanecen días primaverales.

El sol había inundado mi cuarto de luz; dejé por la noche el balcón abierto y, á las siete de la mañana, era imposible ya dormir con tanta claridad. ¿Cómo dudar en levantarme? De un salto me encontré de pie, y una hora después estaba en disposición de echarme á la calle. «Iré al Retiro—pensé—. Las mañanitas del Retiro son deliciosas y no soy yo, ciertamente, el que más disfruta de ellas.»

Ya iba á salir, cuando me entregaron un sobre. ¿Hay adivinaciones? Hay, sin duda, casualidades que parecen dispuestas por ley providencial. Y si no, ¿cómo explicarse la llegada de esa carta tan oportuna?

«Vamos á probar hoy el cabriolet que adquirí el otro día. Estoy entusiasmado con él, chico. De aspecto no puede ser mejor, ¿verdad? Veremos cómo marcha. ¿Quieres acompañarnos? No seas holgazán y vístete. Te damos media hora de plazo. Vienen Luis y Pilar. Saldremos de Claudio Coello, 1, donde está la exposición de estos autos. Hasta luego. Anda y no seas pelma. Enrique.»

Confieso que me halagó la idea de un paseo en automóvil, con el fresquito de la mañana. Iría á la cita; ¡ya lo creo que iría! Ya tendría tiempo de pasear bajo las arboledas del Retiro. Así como así, no habría en el bello parque á esas horas más que niños y niñeras y algunas modistillas.

Indudablemente, Enrique era un buen amigo. Acordarse de mí para darme la satisfacción de probar un nuevo auto era cosa que debía agradecerse. Yo sabía que desde hacía tiempo andaba Enrique loco por tener un cabriolet Schneider, del último modelo 1920; pero estos coches no habían llegado. Los representantes de la casa en Madrid le dijeron que los recibirían en gran número para esta primavera. Por lo visto, Enrique había estado al tanto y adquirido el primer coche llegado á España.

Dando un paseo me fui por la calle de Alcalá hasta la de Claudio Coello. Allí, en la esquina, se hallaba Enrique A. de A., esperando á sus invitados á la excursión. Acompañado de uno de los representantes de la casa Schneider, examinaba el radiador de su automóvil, elegante coche—cuya carrocería proclamaba los primores de la casa Lamacra—, de finas líneas y de armoniosas proporciones, que justificaban, por su parte externa, los entusiasmos de mi amigo.

Apenas me vió éste, acudió á saludarme. —No tienes idea de lo que te agradezco que vengas. Ahora vendrán esos. Son unos pesados. Ven; mientras tanto te enseñaré el coche.

Enrique estaba como chico con zapatos nuevos. —Fíjate. Es un cabriolet último modelo. No ha hecho la casa Schneider nada tan completo: 18 HP, cuatro cilindros y 95 x 140.

—Y parece muy cómodo. —¡¡Uff!! Mi amigo Enrique tiene la costumbre de decir ¡¡uff!! siempre que quiere ponderar una cosa en grado superlativo. En esta ocasión el ¡¡uff!! estaba perfectamente justificado.

—Tiene—siguió— todos los últimos adelantos en cuestión de instalación de alumbrado. ¡Demarrear eléctrico, figúrate! Además, la suspensión es suavísima, porque lleva unos amortiguadores especiales.

La llegada de Pilar y Luis—un gentil matrimonio joven y elegante—interrumpió nuestro diálogo.

—¡Ya estamos todos! ¡Arriba! Y á los pocos minutos, en efecto, en el cabriolet de mi amigo atravesábamos Madrid. Ibamos dentro los cuatro. Fuera, el *chauffeur* y el representante de los Schneider.

Atrás quedaron la cuesta de San Vicente, la Bombilla, la Puerta de Hierro. El auto corría velozmente. Dentro, apenas si se notaba movimiento alguno. El coche se deslizaba con suavidad maravillosa.

La charla andaluza de Pilar nos encantaba. —¡Vaya río!—exclamó mirando al Manzanares—. Parece algo y es un sorbo de agua. Me recuerda al Guadalmedina.

—No te metas—le interrumpió su marido—, no te metas con el Guadalmedina ni con el Manzanares, que cuando á los dos se les hinchan las narices...

—¿Tienen mala cara, verdad? Pues lo que es éste, mira como está hoy: completamente chato.

El auto seguía corriendo y pronto enfiló la cuesta «de las perdices».

conocimientos especiales, supo retirarse á tiempo y conservar, aunque mermado, su no despreciable capital. Pero le quedó la afición desmesurada por los autos, y un conocimiento de sus virtudes ó de sus desventajas bastante considerable. Ahora, él comprendía perfectamente que había adquirido una verdadera ganga; que eran una ganga estos coches Schneider del último modelo. No se atrevía á decir todo esto á voz en grito, por aquello de que delante iba un representante de la casa y podía oírlo..., y eso nunca es conveniente. ¡No fueran á cargar en el precio! Pero lo pensaba y su rostro no podía ocultar la satisfacción.

En Villalba hicimos un alto, después de haber competido, cerca de las Rozas, con el rápido del Norte y haberle ganado. ¡Puerilidades de *sportmen!* ¡Competencias inexplicables entre *chauffeur* y maquinista! Yo fui con el alma en vilo durante unos minutos; los demás, no sé. Pero sí pude advertir que, en esos instantes, todos íbamos callados. Sería, á no dudar, la belleza del paisaje que nos embelesaba, á pesar de que lo veíamos sólo á rápidos trozos como en un cinematógrafo que se hubiera vuelto loco de repente.

En Villalba repusimos esencia y tomamos unos refrescos. Poco después seguíamos hacia el puente de Guadarrama. En el camino nos encontramos con bastantes autos; no éramos nosotros solos los aficionados á estos paseos; allá, á lo lejos, á nuestra derecha, se recortaba sobre el azul purísimo del cielo la mole del ingente Siete Picos, á modo de sierra desdentada. Llegamos al «alto del León»,

todo radiante, vestido de fuego deslumbrador, y nos hallamos, en fin, en la suave pendiente que conduce ya á tierra segoviana.

Por una nueva conversación del exigente Enrique con el mecánico supimos que en toda la penosísima subida «al León» no se llegó á poner la segunda más que en el pequeño trozo de la recta de Madrid.

—¡Esto va bien! ¡Esto va bien!—decía mi amigo, reventando de satisfacción. Baste saber, para demostrar si estaba contento, que nos dió al llegar

á Segovia un magnífico almuerzo, en el que bautizamos al nuevo coche con el nombre de «Inmejorable».

Cuando ya de nuevo ante la exposición de la casa Schneider, en la calle de Claudio Coello, me había despedido de mis gentiles compañeros de viaje y había dado las gracias á mi amigo, no pude resistir la tentación de felicitar por el éxito de la prueba al representante de la casa, que nos había acompañado, casi sin despegar los labios.

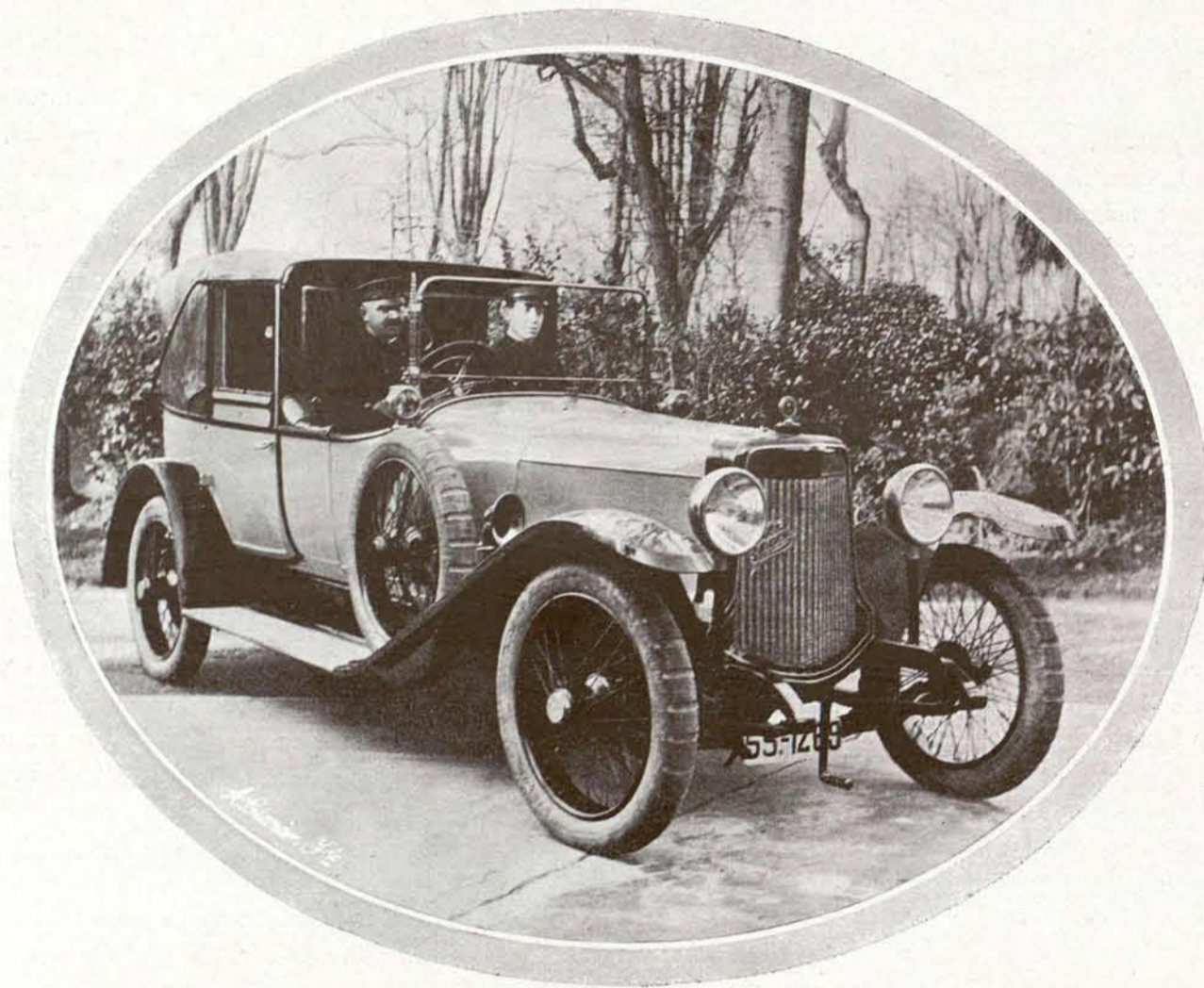
—¡Chist!—me hizo misteriosamente, llevándose un dedo ante la boca y apartándose del auto unos pasos. Yo no soy representante de los Schneider. ¡Ojalá! Yo represento á otra casa y, disfrazado, he querido tomar parte en la excursión para comprobar por mí mismo si estos coches eran tan buenos como decían.

—¿Y...? —Que son aún mejores de lo que se dice, y que yo no represento más á la casa que representaba. Y que me guarde usted el secreto.

Momentos después, Enrique me preguntó: —¿Qué hablabas con ese?

—¡Ah, nada! Le estaba aconsejando que por las mañanas tomase el aire y el sol en el Retiro. ¡Son de un fresco delicioso!

EL HOMBRE FELIZ



¡Qué deliciosa resulta una excursión en este admirable «Th-Schneider».

—¡Qué de recuerdos!—exclamó Enrique. Luis hizo como que nada había oído. Yo, por decir algo, pregunté por qué le llamaban á esa cuesta así, y entonces ella me contó que porque, en un tiempo, era tal el número de perdices que había por allí, que desde la misma carretera se cazaban.

—¿A qué velocidad vamos?—preguntó Enrique al *chauffeur*.

—A setenta por hora y en directa. —Pero, ¿toda la cuesta así? —Toda. Y como una seda. ¡Ya ve usted si le cuesta trabajo correr al coche!

—¡Cuidado!—gritó Pilar, al ver que un borriquillo se cruzaba en la carretera.

El conductor hizo un rápido viraje y el obstáculo fué salvado con facilidad asombrosa.

—Parece de bizcocho el coche. Se hace con él lo que se quiere.

En el rostro de mi amigo Enrique se dibujaba la mayor satisfacción. Era natural; había derrochado él, cuando se encontró mayor de edad, buena parte de su fortuna en la representación de una casa de automóviles, que en vez de darle á ganar dinero le resultó un desastroso negocio por causas que no hacen al caso. Comprendiendo que eso de tener unas representaciones, sin resultado, no son cosas para todo el mundo, pues hace falta tener preparación y

De la vida madrileña.

En el Palacio de Parcent

EN honor de los Reyes y de los marqueses de Carisbrooke, celebráronse en las mansiones aristocráticas de Madrid brillantes fiestas. De algunas de ellas ya tienen amplia noticia nuestros lectores. Corresponde hoy el turno á una de las más brillantes: á la que tuvo por espléndido lugar el palacio de los duques de Parcent; magnífica residencia, en la que el arte y la riqueza supieron completarse.

Y aquellos salones, que constituyen un museo, donde los cuadros y los tapices compiten con las esculturas, los bronceos, las tallas y los mármoles—¡oh, aquel salón de los Primitivos, en el que predomina el sobrio estilo español del siglo XVI!—, florecieron aquella noche como por encanto para recibir la regia visita. Una vez más nuestros gentiles soberanos se complacían, acudiendo á la ilustre casa, en demostrar las muchas simpatías y el sincero afecto que profesan á los duques de Parcent y á la bella marquesa de Belvis de las Navas.

Fueron recibidos los Reyes y los marqueses de Carisbrooke por los dueños de la casa al pie de la monumental escalera, que decoran magníficos tapices antiguos. Y precedidos por dos criados, que llevaban en sus manos candelabros de plata, hicieron SS. MM. y AA. su entrada en los salones, en los que ya se congregaban los invitados á la fiesta.

Tuvo ésta dos partes: banquete y baile. Fué el banquete en la galería italiana, donde habían sido colocadas cuatro mesas, adornadas con calas blancas y menudas florecillas pintadas de negro.

En la mesa que el Rey presidía tomaron asiento la duquesa de Parcent, la embajadora de Inglaterra, Lady Howard; el marqués de Carisbrooke, las duquesas de San Carlos, de Santoña, de la Vega y de Mandas; la marquesa de Belvis de las Navas, los marqueses de la Mina y de Santa Cruz; el duque de la Victoria y los Sres. Silvela y Santos Suárez (don Joaquín).

Con la Reina tomaron asiento el duque de Parcent, la marquesa de Carisbrooke, la princesa de Metternich, la duquesa de la Victoria, la condesa del Puerto, la escritora inglesa Mrs. Crayton Glyn, la dama particular de S. M., señorita de Carvajal; los ministros de Suecia y de Polonia, el jefe superior de Palacio, marqués de la Torre-cilla; los duques de Santoña y de la Vega, y Mr. Cecil.

En las otras dos mesas estaban el Infante D. Alfonso de Borbón, la señorita Isabel Carvajal, hija de los duques de la Vega; la señorita Africa Carvajal, hija de los marqueses de Valdefuentes; miss Astor, hija del difunto millonario norteamericano; las señoritas Blanca y Pilar Pries; la dama particular de la Reina Cristina, señorita de Martínez de Irujo; la señorita Julia Cárcer, el duque del Arco, el conde de Elda, D. Narciso Pérez de Guzmán, hijo de los condes de Torre Arias, y D. José Mitjans, hijo del duque de Santoña.

La Reina vestía precioso traje blanco, con manto bordado en seda, y llevaba por joyas brillantes y perlas. Muy elegante



Entre nuestras damas y damitas aristocráticas, la afición al canto es cada día mayor. Aquello de que todos tenemos voz y que la cuestión es saberla impostar, es una gran verdad.

Este que veis aquí es un gran maestro de canto. Eso nos dicen algunas de sus discípulas, que son las más capacitadas para saberlo. León Cazaurán. Este es su nombre. Primer tenor de ópera en París, Milán, Roma, New York; creador del Werther en el famoso Teatro Regio de Parma; maestro admirable en el difícil arte de la impostación de la voz.

En plena juventud, en pleno éxito, se retira temporalmente de la escena—cuna de muchos triunfos—y se dedica á la enseñanza. ¡Ah! Sus discípulas dicen de Cazaurán muchas cosas agradables... y sobre todo enseña como un ángelo.

también era el traje de la duquesa de Parcent, de rico brocado verde y oro, y muy bello el de la marquesa de Belvis de las Navas.

Terminado el banquete, que fué exquisitamente servido, pasaron los comensales á los salones, á los que estaban llegando los demás invitados á la fiesta. Y á poco, las notas de la orquesta de Boldi, indicaron el comienzo del baile.

Puede decirse que ya la animación no decayó durante toda la noche y que cuantos á la fiesta asistieron quedaron encantados.

¿Quiénes eran los invitados? Recordamos á las princesas Fabiola y Margarita Massimo, á quienes acompañaba la Sra. de López de Ayala y con quienes conversó el Rey durante largo rato; la condesa de San Luis, que vestía de azul; la vizcondesa de los Antrines, de negro, con guirnalda de capullos de rosas, y la marquesa de Mohernando, de blanco, con diadema de brillantes.

También estaban la embajadora de Italia, baronesa Fasciotti; la Princesa Pío de Saboya; las duquesas de Plasencia, viuda de Sotomayor, Dúrcal, Unión de Cuba y Vistahermosa; las marquesas de Viana, Arriluce de Ibarra, La Torre, Somo-Sancho, Jura Real, Llano de San Javier, Baztán, Cayo del Rey, Villamanrique, Valdefuentes, Valdeiglesias, Guimarey, Ribera, Rafal y Moctezuma; condesas de Mora, Heredia-Spínola, Torre Arias, Velle, Paredes de Nava, Aguilar de Inestrillas y Casal.

Lady Pembroke y las señoras y señoritas de Falcó, Baztán, Creus, Cayo del Rey, Valdeiglesias, Pérez-Caballero, Arcos, Travesedo, Pérez-Seoane, Loygorri, Heredia, Laiglesia, Sandoval, Santos Suárez, Escrivá de Romaní, Merry del Val, y D.^a Cristina de Borbón, hermana del duque de Dúrcal.

Del Cuerpo diplomático se hallaban también la baronesa de Woelmont y su hermana Mlle. Du Chastel y Mme. De Vienne.

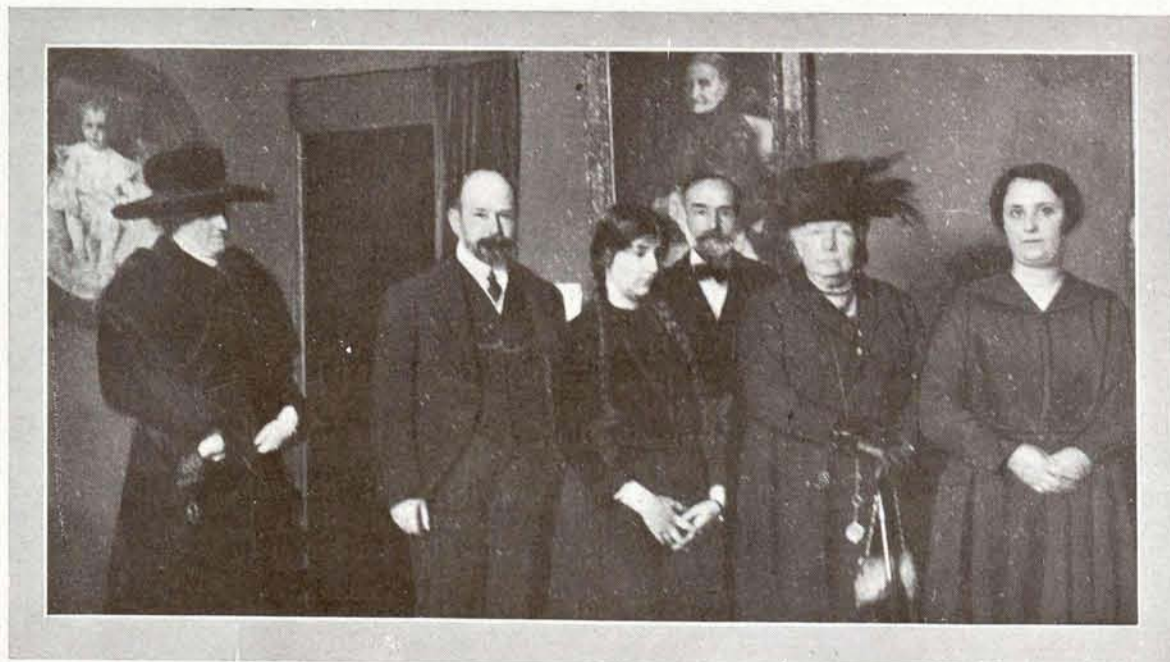
Concurrieron asimismo el embajador de Italia, el duque de Alba, lord Pembroke, los secretarios de la Embajada de Italia, el consejero de la de Francia, el encargado de Negocios de Bélgica, el mayordomo mayor de la Reina, marqués de Bendaña; el de la Reina D.^a Cristina, Príncipe Pío de Saboya; el barón de Benifayó, el secretario de S. M., Sr. Torres; el ex ministro duque de Almodóvar del Valle, el embajador conde de Paredes de Nava y otros muchos.

¿Será necesario decir que los Reyes y los marqueses de Carisbrooke, y cuantos á la fiesta asistieron mostráronse encantados de la esplendidez y de la amabilidad de los duques de Parcent y de la marquesa de Belvis de las Navas?

Un baile en el Ritz

Los marqueses de Mohernando obsequiaron con otra fiesta á los marqueses de Carisbrooke. Para ello pensaron en el salón de baile del Hotel Ritz, que fué preparado, como el de una residencia aristocrática, con alfombras magníficas, alrededor de las cuales se habían agrupado cómodos divanes y butacas, mesitas con jarrones de flores y jardineras con plantas.

Fué una fiesta de juventud que tuvo la amable intimidad de los bailes de las residencias particulares y toda la elegancia que sabe imprimir, con un sello inconfundible, el Hotel Ritz á cuantas fiestas en él se celebran. Precedió al baile una comida. Ante una mesa, adornada con claveles, sentáronse, además de los marqueses de Mohernando, la princesa de Metternich y su hermana la condesa del Puerto, las duquesas y los duques de Dúrcal, Plasencia y Victoria; los señores de Santos Suárez, el duque del



S. A. R. la Infanta Doña Isabel, que tan atenta está siempre al movimiento artístico español, visitó hace pocos días el estudio del ilustre pintor Juan Antonio Benlliure, admirando sus últimas obras. He aquí á la augusta dama rodeada del pintor, de su señora, de su hija, de su hermano D. Blas y de la Srta. Juana Bertrán de Lis, que acompañaba á la Infanta.

Fot. Marín y Ortiz.

Arco, los marqueses de Amposta, Pons y Castel Bravo y D. Narciso Pérez de Guzmán.

La marquesa de Mohernando, que hacía gentilmente los honores, llevaba un elegante traje de tisú de plata, á rayas, cortado á la turca, y lucía un elegante abanico de grandes plumas verdes, de los que están ahora tan en moda.

Terminada la comida pasaron los comensales al salón de baile. No se hicieron esperar los marqueses de Carisbrooke, llevando ella un precioso traje de *charmeuse* esmeralda.

¡Qué pronto se animó la fiesta! La marquesa y el marqués de Carisbrooke dieron su ejemplo, bailando desde el primer momento, y fueron imitados con verdadera fruición.

¿Quiénes asistían? Entre otras distinguidas damas recordamos, además de las ya mencionadas, á la marquesa de Mortara, con traje gris perla, con encajes de plata y collar de brillantes; las recién casadas condesa de Catres y señora de Creus, luciendo ambas elegantes trajes y hermosas joyas; la marquesa de la Torre, muy bella, como su hermana la señorita de Pérez-Caballero; la condesa de los Villares, que reaparecía en sociedad después de larga ausencia; Mrs. Hamilton, de blanco; la señorita de Castilleja de Guzmán, restablecida ya de su reciente enfermedad, muy elegante, con un traje de tisú y encaje de oro; la condesa de Vega de Ren, con sus lindas hermanas las señoritas de Osma; las dos hermanas del duque de Medina-Sidonia; la condesa de Calharis, distinguida dama portuguesa, perteneciente á ilustre familia; la condesa de Torrehermosa, y las señoritas de Borbón, Irujo, Viñaza, San Miguel, Martínez Campos, Santos Suárez, Carvajal, Martos, Pérez-Seoane, Muguero, Crescente y la condesita del Recuerdo.

También concurrieron las duquesas viuda de Sotomayor y Unión de Cuba; las marquesas de Viana, Romana, Arriluce de Ibarra, Valdefuentes, Llanos de San Javier, Baztán, Cayo del Rey, Monteagudo y Villamanrique; las condesas de Torre-Arias, Puerto, Llovera, Heredia-Spínola, Velle y Viñaza, y señoras y señoritas de Glyn, Merry del Val, Pérez-Caballero, Vienne, viuda de Muguero y Laiglesia.

Acompañó al baile la deliciosa orquesta de los Boldi. En un descanso del baile, los marqueses de Mohernando obsequiaron á sus invitados con una exquisita cena, servida en mesitas adornadas con claveles.

Nos consta que al día siguiente, cuando los marqueses de Carisbrooke contaban á la Reina detalles de la fiesta, no cesaron, durante gran rato, de tener elogios para las amabilidades que les han prodigado las familias de la aristocracia madrileña.

Dos tes aristocráticos

¡Qué especial encanto tienen esas elegantes reuniones por las tardes! Son fiestas, por regla general, íntimas, en las que distinguidas personas congregan en su torno á las familias más de su afecto, para tomar una taza de te. Y las horas transcurren en esas reuniones, rápidas, demostrando lo bien que se pasa en ellas.

Una de las más elegantes celebradas últimamente fué la fiesta con que los condes de Velle obsequiaron á sus amigos. Hubo te y hubo baile; y hubo, sobre todo, una amabilidad exquisita por parte del primer introductor de Embajadores y de su esposa.

Muchos fueron los concurrentes al baile. El Cuerpo diplomático tenía una brillante representación. Estaban el embajador de Francia, conde de Saint-Aulaire y una de sus hijas, que es una belleza rubia admirable; la embajadora de Italia, baronesa Fas-ciotti; los encargados de Negocios de Bélgica, barones de Woelmont; el ministro de Polonia, el de Yugo eslavía, la señora de Vasco de Quevedo, con-



Consuelito Navarro Reverter, hija de los señores Navarro Reverter y Gomis (D. Juan), acaba de vestir su primer trajecito de mujer. Es encantadora. Es gentil y graciosa. Y en su mirada resplandece toda la dulzura de su alma. Saludamos á la nueva flor de juventud, con nuestro deseo de que la vida le muestre siempre sus sonrisas.

CHISPERAS

Como las oigo, las doy;
en ellas parte no tengo,
que lo mismo ayer que hoy
«á mis soledades... voy,
de mis soledades... vengo».

¡Dios mío!, se necesita
estimarla por bonita
más que por su caridad,
para llamarla Piedita
y no llamarla Piedad.

Cómo envidia un inglés á un sevillano
porque al pasar Pepita Gómez Bea
oyó que la decía, en castellano,
con acento andaluz: ¡Bendita sea!

No es posible dudar
que cuando Dios las hizo
iba diciendo: ¡Allá va lo castizo!
Y nacieron las cuatro Castelar.

Gente que se las echa de ilustrada
no sabe lo que ignora
siempre que nombre á Laura Mejorada,
pues no cabe mejora.

En «La muerte del Cisne», Carolina,
resultas tan soberbia bailarina,
que al hallar en la muerte su descanso,
¡cómo sabrás hacerlo!,
que sé de más de un *ganso*
que aplaudiendo á rabiarse, dejó de serlo.

Todos creen ver el sol,
á pesar de estar nublado,
viendo pasar á su lado
á María Monistrol.

Madrid: ¡lo que vales!,
qué de madrileñas nos diste saladas,
que derrochan la sal por quintales,
ó por toneladas,
como las Perales.

¿Qué te quieres apostar
á que si en las iglesias
te encuentras á Conchita Valdeiglesias
te distraes al rezar?

Isabel Travesedo:
como tus ojos son monumentales
y no los hay iguales,
asegurarte puedo
que como necesites anteojos,
no podrás encontrarlos con cristales
que sean del tamaño de tus ojos.

MADRILES

sejero de la Legación de Portugal; el ministro de Méjico y la señora de Arredondo; los condes Sonmatti di Mombello; el ministro de Suecia, barón Beec-Friis, y el ministro de Noruega. También asistían las princesas Fabiola y Margarita Massimo, á quienes acompañaba la señora de López de Ayala.

También fué muy elegante y estuvo muy concurrido el te que ofrecieron en su residencia los marqueses de Torrelaguna á varias de sus muchas amistades.

Con decir quienes fueron los invitados, decimos el mejor elogio de la agradabilísima fiesta.

Porque las distinguidas damas que á ella asistieron eran las princesas Margarita y Fabiola; las duquesas de Medina de Rioseco, Soma y viuda de Terranova; las marquesas de Valdeiglesias, Salinas, Villamediana, Campo Santo, Atalayuelas, Casa-López, Prado Alegre y Ugena; las condesas de Pardo Bazán, Paredes de Nava, Bernar, Algaida y Saceda; las vizcondesas de Eza, Cuba y Castillo de Genovés, y las señoras y señoritas de Dato, García Loygorri, López Ayala, Oñate, Orfila, Bayo, Cejuela, Gómez de Molina y Ascanio.

Y todas ellas salieron encantadas del palacio de los marqueses de Torrelaguna.

Varias notas

La temporada de deportes en Madrid ha adquirido, al llegar Mayo, nueva vida. En el Real Club de Puerta de Hierro han comenzado los partidos del Concurso internacional de *Tennis*. El Concurso, que se prolongará durante todo el mes, promete ser tan interesante como los anteriores.

¿Es aventurado predecir esto? No es aventurado sabiendo que toman parte los más notables jugadores y que han concedido premios SS. MM. el Rey y la Reina; duques de Alba, Peñaranda, Santoña, Aliaga y Dúrcal; marqueses de Mohernando, Viana, Narros, Santo Domingo y Valdefuentes; condes de la Cimera y Casa Valencia; señoras y señoritas de Bruguera, Bárcenas y Willard, y Sres. Herbert, Amoedo y Santos Suárez.

La Sociedad da también varios premios, entre ellos dos para los jueces que arbitren el mayor número de partidos.

También el Tiro de Pichón de la Casa de Campo ha de ser este año muy interesante. Comienzan las tiradas el 7 de Mayo, con el premio de los Reyes, y continuarán en la siguiente forma:

Sábado 8, premio de la Reina Doña María Cristina; lunes 10 y martes 11, copa de España; miércoles 12, premio de la Infanta doña Isabel; viernes 14, premio de la Gran Peña; martes 18 y miércoles 19, campeonato de España; jueves, 20, copa Maceda; viernes 21, premio del Comité; lunes 24 y martes 25, gran premio de Madrid; jueves 27, campeonato á 20 metros; viernes 28, campeonato á 30 metros; sábado 29, premio del presidente; 1 de Junio, lunes, premio de Consolación.

Como siempre, concurren á presenciar estas tiradas numerosas damas aristocráticas.

Pues, ¿y el Hipódromo? El Concurso hípico, del 11 al 22, será una nueva prueba de lo mucho que hace, en favor de la raza caballar, la Real Sociedad Hípica Española.

Hay para premios 33.000 pesetas y cuatro copas, siendo las pruebas más importantes las denominadas copa del Comité, copa de S. M. el Rey, copas de Madrid, y Villamejor, que se correrán en los días 14, 15, 17 y 18, respectivamente.

La brillantez de las sesiones está descontada. Y nos felicitamos mucho de ello.

.....
España, España, España... Pensad sienpre en ella. en su pasado, en su presente, en su porvenir. Es la Patria.

EPISTOLARIO ANDANTE



Saliendo de Palacio.

Aquí me tiene usted, querido Casal, en Sevilla, á donde vine en busca de salud y en donde tuve la fortuna de encontrarla. He pasado aquí los días de la feria y ya luego me he quedado porque, ¡cualquiera deja esto en plena primavera!

Sevilla, en Abril y en Mayo, no se puede comparar á nada, créame usted á mí. Es una borrachera de luz, de color, de armonías, de aromas y de alegría, que comienza por deslumbrar y acaba por cautivar de tal modo, que no hay manera de abandonar tantas y tantas bellezas.



El Rey en las Comendadoras de Santiago.

Claro es que estando en Sevilla y habiendo asistido á muchas y muy gratas fiestas que pueden interesarle, no he dudado en enviarle estas cuartillas de mi «Epistolario», que dejó por ahora de ser madrileño para ser andante, sin abandonar por un momento su nota de sinceridad. Y antes de comenzar á contarle algunas cosas de esta bendita tierra de María Santísima, permítame que repare una falta y subsane un olvido. De Madrid me traje, entre mis papeles, unas preciosas fotografías, que adjuntas le remito. Son de la Semana Santa última y se refieren á ceremonias y «asuntos» de que ya me ocupé á su debido tiempo. Yo que usted las publicaría, porque soy de los que creen que esas cosas son siempre oportunas. ¿No cree usted que las caras bonitas son

visitas del Nuncio de Su Santidad y del ilustre inventor Marconi; innumerables fiestas organizadas por la aristocracia sevillana en honor de las augustas personas y de las familias de la sociedad de Madrid... y, junto á todo eso, los festejos populares y de todo género que forman la tradicional atracción de la feria de Sevilla. ¿Es ó no para sanar como por encanto?

Claro es que no le voy á contar al detalle todas las fiestas que se han celebrado, primero, porque la carta se haría interminable, y segundo, porque no todas son merecedoras de la misma atención; pero sí quiero referirle algo de aquellas á que he asistido ó de las que he tenido detallada y exacta noticia.

¿Y qué fiesta mejor, para empezar, que la que ofrecieron los marqueses de Yanduri á la Soberana en su artística residencia? Fué un baile muy elegante, al que precedió una comida.

Con la Reina doña Victoria, que vestía traje de *charmeuse* blanco y lucía magníficas perlas, acudieron los marqueses de Carisbrooke, la duquesa de San Carlos, la condesa del Puerto, el marqués de Bendaña y el duque de la Unión de Cuba.

Con los marqueses de Yanduri y con las personas citadas, sentáronse á la mesa de S. M. los duques de Montellano y el conde de Heredia Spínola.

Durante el almuerzo, la Reina se mostró encantada de su estancia en Sevilla. No cabe duda de que la Reina tiene muy buen gusto.

Después de la comida, llegaron los demás invitados á la fiesta, entre los que recuerdo á la princesa de Metternich, la duquesa de Santoña, la duquesa de Tarancón y su hija la condesita del Recuerdo, la gentil Paloma Falcó, hija de los duques de Montellano; la marquesa de Bermejillo del Rey y su hija Carola, la duquesa de Sotomayor y su hija Carmen, los duques de

Dúrcal, Lady Pembroke, los condes de Aguiar, los señores de Mitjans (D. Juan Manuel), la señorita de Heredia Spínola, los señores de Parladé y Heredia (D. Luis), la señora viuda de las Cajigas y su hija Belica, el marqués de Pons y otras distinguidas personas.

La fiesta transcurrió muy animada y satisfizo mucho á la Reina, que así se lo expresó á los marqueses de Yanduri.

Volvió S. M. al Alcázar, y cuando salió de nuevo parecía que aun había más sol en Sevilla. Por donde iba la hermosa Soberana levantaba murmullos de admiración y de cariño, los vítores se sucedían y los aplausos no tenían fin.

¿Usted se acuerda de lo que le ocurrió paseando por las Delicias? Yo lo vi y me senti



En las calles de Madrid, pregonan su gracia la mantilla española.

tan arrastrado por el entusiasmo como los demás.

Cuando doña Victoria ordenó que se retirara la escolta de guardias, para poder fraternizar con el pueblo, la gente dejó desbordar el entusiasmo y hubo momentos de verdadero frenesí.

Yo, le soy á usted sincero, no grité, y no lo hice porque, un poco soñador al fin, me puse á recordar sin querer unos versos que cierto poeta, que usted conoce, hizo evocando parecidos instantes pasados ó adivinando estos momentos actuales. ¡Y qué razón tenía el poeta!

«Está contenta Sevilla, está contento el Alcázar, porque en la ciudad se encuentra la hermosa Reina de España; y se alegran los jardines y las calles se engalanan para que, por ellos, cruce la Reina rubia, tan guapa. Victoria hoy sí que la entonan,



En la Puerta del Príncipe.

victoria hoy sí que la cantan con el nombre de la Reina Victoria Eugenia de España. Allí donde vá, la aplauden, allá donde esté, la aclaman, y todo es noble entusiasmo por donde la Reina pasa. Vedla: igual en las Delicias, que en la feria, que en Tablada, en San Juan de Aznalfarache ó en el barrio de Triana, los vivos van traduciendo los goces mil de las almas. El sol derrocha sus rayos con luz, como nunca, clara; las flores dan á los aires insospechadas fragancias y hasta la Torre del Oro y la arrogante Giralda se inclinan ante la Reina para mejor saludarla, mientras que aturde á Sevilla un repique de campanas. ¡Paso á la mujer hermosa



Y el «bendita sea» á la mantilla, va unido á otro «bendito seas» que le decimos á las damitas que la llevan.



Al salir del Alcázar.

que, desde ricas estancias, supo llegar á su pueblo y aliviarle en sus desgracias! ¡Paso á la mujer que un día, queriendo siempre á su Pa-

tria, supo sentirse española y hoy se siente sevillana! ¡Paso á la suma belleza y á la suprema elegancia! Abrid calle, sevillanos: ¡Paso á la Reina de España!»

Estos versos que, usted que es poeta, reconocerá, querido Enrique, como hijos de un sentimiento sincero, me acompañaron ya en mi memoria durante todo aquel día.

De fiestas ó «momentos» de otros días le recordaré las celebradas en las casetas de la feria, con motivo de las visitas de la Soberana. De ellas fué la principal la de la caseta municipal. ¡Qué guapa estaba la Reina! Llevaba mantón blanco, bordado en celeste, alta peineta y magníficas joyas. ¡Usted figúrese! En un improvisado tablado, un cuadro flamenco cantó y bailó «sevillanas» con todo estilo y Su Majestad quedó complacidísima. La heroína de la fiesta fué la Niña de los Peines, que cantó su famoso tango, peteneras y bulerías, siendo muy aplaudida y felicitada. Después, en cuantas casetas estuvo la Reina se repitieron las ovaciones que en la primera había recibido.

Días después llegó la Emperatriz Eugenia—¡qué viejecita, pero qué firme está!—, y llegó el Rey, celebrándose una noche una fiesta muy brillante en el palacio de las Dueñas, abierto por el duque de Alba para alojar á su augusta tía la Emperatriz. La casa y los jardines habían sido adornados é iluminados profusamente.

En el comedor principal del palacio se celebró un banquete. Sentáronse á la mesa, además de los Soberanos, la Emperatriz Eugenia, el duque de Alba, los marqueses de Carisbrooke, la princesa de Metternich, los dupes de Santoña, el de Peñaranda, la duquesa de San Carlos, los duques de Dúrcal, el marqués de Viana, los duques de Montellano, el marqués de Pons, los marqueses de Yanduri, madame Attainville, marqués de Bendaña, el conde de Urbina, el ayudante de S. M. el Rey Sr. Butler y D. Carlos Huertas.

Después de la comida congregáronse en el gran salón del palacio las más aristocráticas familias residentes aquí, para asistir á un baile típico andaluz. Todas las señoras y señoritas iban con mantones de Manila. El cuadro del popular maestro Otero bailó danzas populares, y la bella artista Teresita España cantó flamenco.

Pero no han sido todas diversiones. ¿Cómo iba á olvidar la Reina piadosa sus dos obras

admirables de la campaña antituberculosa y la institución de la Cruz Roja?

Fué S. M. al pueblo de Dos Hermanas á colocar la primera piedra de un Sanatorio antituberculoso; la ceremonia fué muy interesante; se pronunciaron discursos y, sobre todo, se adquirió la convicción de que el Sanatorio será pronto una bella realidad.

En cuanto á la Cruz Roja, la Soberana colocó el brazal y la medalla de enfermeras á las señoras y señoritas recientemente aprobadas.

Después la Reina las dirigió la palabra, alentándolas para que prosigan su admirable labor.

¡Y tan admirable! El número de pequeñas fiestas que también ha habido, es interminable, porque sólo las organizadas en honor de la Reina y de la Emperatriz darían motivo para varias crónicas.

Fiesta muy interesante fué, sin duda, la celebrada en la típica Venta de Antequera. Consistió primero en una comida con la que varias damas madrileñas obsequiaron á familias amigas.

La mesa, tapizada de flores, fué presidida por la duquesa de Tarancón, la marquesa de Bermejillo del Rey, la condesa de la Viñaza y el marqués de Casa Dalp.

Asistieron los duques de la Unión de Cuba, los señores de Cañedo y Pidal, los marqueses de Ner-



Un cruzamiento en la Orden Militar del Santo Sepulcro.

vió, las señoritas de Tilly y Bermejillo del Rey, la condesita del Socorro y los hijos de los duques de Montellano, condes de Romanones y Almodóvar, marqueses de Pickman y del Mérito, y otras personas.

Los comensales asistieron luego á una fiesta flamenco que duró hasta el amanecer. Y para que no haya faltado nada, querido Enrique, en estos hermosos días sevillanos, ha habido—¿cómo no?—, grandes corridas de toros, con asistencia... de todos los que cabían en las plazas.

Pasado el bullicio, la población parece que va recobrando su aspecto, lo cual no quiere decir que pierda en animación. Esta bendita ciudad siempre parece alegre. ¿No le parece á usted que Sevilla es la sonrisa de España?

EL CABALLERO ENCANTADO

Fots. María y Ortiz.

Bodas

Nueva carta de El Duque Incógnito

POR los clavos de Cristo, Enrique, no me meta usted en más trotes de estos! Yo, por usted, ruedo si es preciso. ¡Pero escribir, no! Se lo tengo dicho muchas veces: el día que quiera que le cuente mis memorias, le referiré, *ce por be*, cosas muy interesantes—«Memorias de un aristócrata liberal», pudieran titularse—, y con ellas hace lo que quiera; pero, ¡obli-



La princesita María Teresa de Ratibor y D. Javier López de Carrizosa.

garme á referir en su revista cosas que, por lo mismo que he visto muchas veces, no sé relatar, es algo superior á mis fuerzas!

¿Qué «El caballero encantado» está enfermo y no puede asistir personalmente ahora á ninguna ceremonia? Pues, hijito, lo siento mucho, y lo siento por él, por usted y por mí. ¡Por mí, sobre todo, que me veo otra vez arrastrado por los pícaros deberes de la amistad!

Menos mal que esta vez el complacerle á usted me ha proporcionado un rato en extremo agradable. Porque me tocó—y esto se lo digo casi en secreto— estar entre un grupo de chicas guapas, que me hicieron un poquito de caso y me hicieron recordar á sus guapísimas madres. Porque no sé si usted sabrá que á mí no me sucede lo que á Campoamor, mi gran amigo; á mí,

las hijas de las madres que amé tanto, aun no me ven como se mira á un santo.

Y digo yo que, cuando pasa esto, por algo será. Pero observo que todavía ni le he contado á usted nada de lo que desea. Comprendo su impaciencia. Tranquilícese. Estuve, sí, señor, estuve en la boda de la princesita de Ratibor y del chico de Mo-

ral de Calatrava. Y le voy á ser franco, vaya: no sólo estuve, sino que no me arrepentí de ello. ¡Todo lo contrario! Y mire usted que es mucho decir, con el horror que á mí siempre me han inspirado las bodas... Si le dijese que hasta me había emocionado un poco, usted se sonreiría. Claro. ¿Cómo va á emocionarse un hombre por naturaleza escéptico y por temperamento ecuánime? Pues eso mismo me preguntaba yo cuando sentí un no sé qué por dentro del cuerpo al ver vestida de negro, muy de negro, á la condesa D'Orsay, tía de la princesita que se casaba. Y es que me acordé de que la princesita María Teresa de Ratibor había tenido una madre, una madre muy buena, que todos conocimos y respetamos en Madrid; y esa madre tan buena había desaparecido el año pasado de este mundo sin poder ver á su hija feliz... Y por una de esas rápidas asociaciones de ideas yo me acordé de mi madre y de sus consejos. Y miré la flor blanca de mi solapa, que ella me aconsejó que llevara siempre, y miré la blanca figura de la desposada, y comprendí que los cariños, todo pureza, de las madres, volaban por el templo, y, cuando quise volver en mí, pude observar que una ligerísima lágrima había humedecido la piel inmaculada de mi guante. ¡Bendita sea esta boda que así

supo conmover las fibras un tanto insensibles de mi corazón!

Le decía, Enrique, que fui á la iglesia del Perpetuo Socorro, en punto de las doce; que me costó Dios y ayuda poder entrar en el templo, porque ya estaba lleno, y que hasta que no cogí un buen sitio no paré. Desde allí pude ver que el que había adornado aquella iglesia era un verdadero artista: con flores blancas—usted puede figurarse si me gustaron—habíase hecho todo el adorno; con claveles, con rosas, con celindas, con alielies, con nardos, con margaritas. Y el presbiterio y las columnas y toda la nave central, muy iluminados, resplandecían orgullosos de su bello jardín.

Cuando, después de esta especie de éxtasis admirativa, volví á la realidad, me di cuenta de que la realidad era encantadora, porque estaba en aquel momento representada por la princesa María Teresa de Ratibor, que del brazo de su padre, el príncipe de Ratibor, avanzaba entre las filas de invitados á la ceremonia. Con traje muy blanco, con largo manto bordado en plata, con velo de encaje y con la rubia belleza de sus dorados cabellos avanzaba hacia el altar la princesita alemana... Llenaban los aires los acordes de la marcha de *Lohengrin*. Con el resplandeciente casco de blancas plumas en la mano, y ofreciendo su brazo derecho á su madre, la condesa de Moral de Calatrava, iba detrás el novio, Javier López de Carrizosa y Gerona. ¡Qué bonitos son los uniformes de la Escolta y cómo lucen, sobre todo en quien los sabe llevar! Yo ahora siento que en mis tiempos no hubiera servicio militar obligatorio, porque me hubiese gustado pertenecer á la Escolta. Es una vanidad de buen mozo, pero ¿porqué no hemos de respetar legítimas vanidades?

Arrodilláronse los prometidos en sus reclinatorios, y junto á ellos sus padrinos: la condesa del Moral de Calatrava, que llevaba traje con encajes negros y unas magníficas perlas en las orejas, y el príncipe Max de Ratibor, último embajador del Imperio alemán, con su uniforme y sus cruces.

A los lados, todo el mundo de uniforme, colocáronse los testigos.

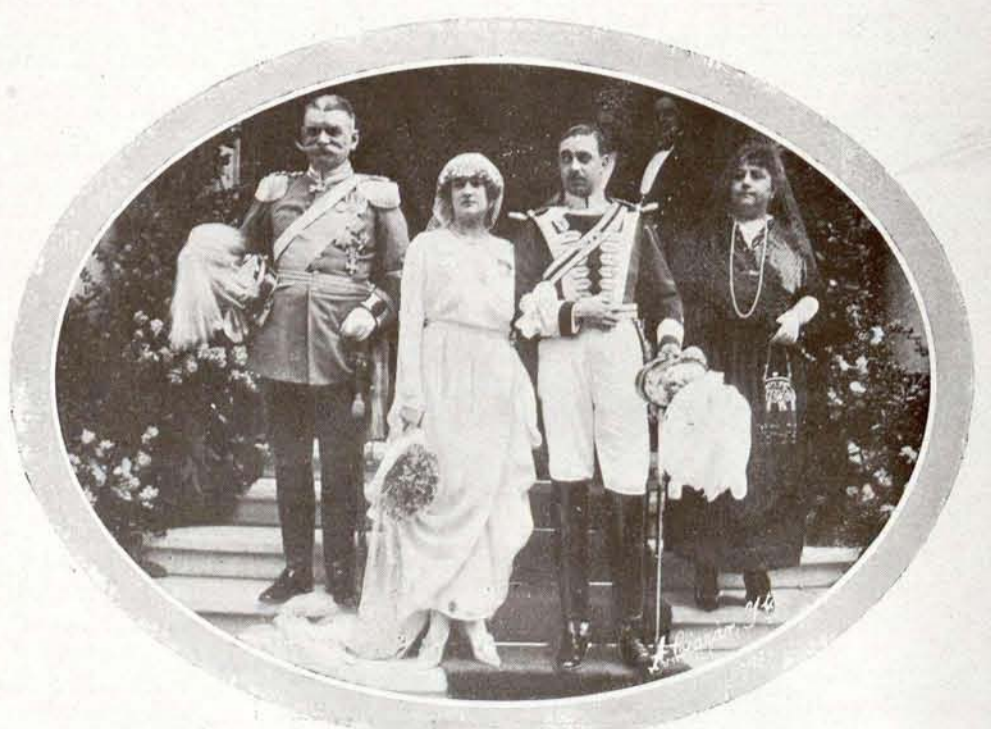
Apunté sus nombres para que no se me olvidara ninguno. Por parte de ella eran los duques de Plascencia y de Tetuán, el marqués de Martorell, el encargado de Negocios de Alemania, Sr. Hoesch; el marqués de Elduayen, en representación del duque de Ratibor, jefe de la ilustre casa, y D. José de la Lastra, y por parte de él, S. A. el Infante D. Fernando, como coronel del regimiento á que pertenece en su calidad de soldado de cuota; el ex presidente del Consejo D. Antonio Maura, el conde de Eleta, el marqués de Casa-Bermeja, D. Ramón Fernández-Hontoria y el capitán de la Escolta Real D. José María Ligués.

El cardenal Guisasola bendijo la unión y pronunció luego un plática que me pareció muy bien. Después hubo misa de velaciones y luego...

Luego nos trasladamos todos—ya habían firmado el acta los nuevos esposos y los testigos y padrinos—al hotel de los condes de Moral de Calatrava, en la calle de Sagasta. ¿Usted ha visto este hotel después de la obra? Yo no lo conocía en su nueva forma y me gustó, ¡vaya si me gustó! He tomado algunas notas que acaso me sirvan para mí. Allí, mientras que iban pasando al espléndido comedor los invitados, pude ir fijándome en quiénes eran éstos y en otros detalles interesantes.



Los novios, los padrinos y los testigos.



Los novios y sus padrinos.

Fots. Marín y Ortiz.



El teniente de navío Don Angel Jácome y Ramírez de Cartagena.

Sirvióse muy bien el almuerzo. Este conde de Morral de Calatrava es, sin duda, espléndido. Y cuando el almuerzo terminó vi cómo los recién casados se dirigían á la mesa que ocupaban varios oficiales de la Escolta Real y brindaban con ellos.

Yo no pude contenerme y también brindé é hice votos porque la ventura acompañe siempre á los señores de López de Carrizosa.

Y los Sres. de López de Carrizosa, con el gozo que reflejaban en sus semblantes, daban la sensación de la seguridad que tienen en su eterna dicha. Cuando quise felicitarles, ¡ya no pudo ser! ¿Quiere usted creer que habían desaparecido? Al Escorial se fueron en «su automóvil del amor», como decían en una revista, que no era ¡ay! de mi tiempo, porque en mi tiempo el amor no utilizaba todavía automóvil. Del Escorial irán á Barcelona, y luego á Italia, para volver á Madrid con tiempo para asistir á la boda de su hermana la princesa Victoria, con el marqués de Elduayen, joven diplomático que vale mucho. Yo quiero y estimo mucho á su padre.

He cumplido con toda mi tarea. ¡No dirá usted! Si me hubiesen dicho que yo iba á describir bodas,

no lo hubiese jamás creído. Y, sin embargo, ¡he ahí los milagros de la buena amistad! Claro, que le prometo mi oposición resuelta á complacerle otra vez. Me voy á poner enfermo también. Tengo, como dice mi médico, unos reflejos artríticos que, sin ser reuma—reuma, no!, me pueden servir de buen pretexto. Lo malo es que Mayo llegó y á mí ¡me sienta tan bien el mes de Mayo!

EL DUQUE... INCÓGNITO.

* * *

De otras aristocráticas bodas hemos de complacernos en dar cuenta. En la parroquia de Santa Bárbara se celebró la de la preciosa señorita María de los Angeles Bermúdez y Jordán, con el joven y distinguido doctor en Medicina D. José Torre Blanco.

Fueron padrinos la madre de la novia y el padre del novio, y testigos, por la novia, D. Fernando García Bermúdez, D. Eduardo Bermúdez Reyna y D. Emilio Pérez Gómez, y por el novio, los señores Codes, Rodríguez Codes y D. Antonio Marichalar.

La novia, que estaba encantadora, vestía elegantísimo traje blanco de *charmeuse* y encaje, regalo del novio, y adornaba su garganta con precioso *pendantif* de perlas y brillantes, regalo de sus padres políticos. Cubría sus rubios cabellos con el velo de desposada.

Es hija del coronel de Artillería, fallecido hace algunos años, D. Teodoro Bermúdez Reyna, que por su ilustración, cultura y dotes de mando, hubiera seguramente llegado á los más altos puestos; pero todavía joven, una rápida y cruel enfermedad le arrebató del cariño de los suyos, y es sobrina del inolvidable é ilustre general Bermúdez Reyna.

El novio es hijo del teniente coronel D. Cecilio de Torre, y sobrino de los marqueses de Montesa y vizcondes de Eza.

Después de la ceremonia se trasladaron las familias de los novios á casa de los Sres. De Torre, donde se sirvió un espléndido te.

Los nuevos esposos, después de recibir las enhorabuenas de sus amigos, salieron para Andalucía y Tánger.

Les deseamos una eterna luna de miel.

En la iglesia de San José se celebró otro simpático enlace: el de la señorita Isabel Junquera, hija del secretario general de la Compañía «La Unión y el Fenix Español», con D. José María Cabanillas, vicecónsul de España en Manila; siendo apadrinados por doña Emilia Butler de Junquera, madre de la novia, y D. Rafael Cabanillas, padre del novio. Testigos por parte de ella fueron D. Juan Cerón, D. Francisco Butler y D. Julio Sousa, y por la del novio, D. Juan Cubillo y D. Rafael Cabanillas.



María de los Milagros Giles y Ponce de León.

Los nuevos señores de Cabanillas saldrán en breve para Manila, donde fijarán su residencia.

Y aun sabemos de otra boda. Se celebró en Jerez de la Frontera, en la iglesia de Nuestra Señora del Carmen. Fué la novia la señorita María de los Milagros Giles y Ponce de León, y fué el novio el teniente de navío D. Angel Jácome y Ramírez de Cartagena.

Apadrinaron á los contrayentes la madre de la novia, doña María de los Milagros Ponce de León, viuda de Giles, y el padre del novio, marqués del Real Tesoro, representado por su hijo D. Juan.

Testigos por parte de la novia fueron su hermano el comandante de Ingenieros D. Francisco Giles y Ponce de León, sus primos el duque de Gor y D. Joaquín M.^a Rivero y su hermano político don Eduardo Vergara y Sanchiz, y por parte del novio, su tío D. Joaquín Ramírez de Cartagena y López de Morla, el conde de los Andes, el marqués de Negrón y el capitán de fragata D. Carlos L. Díez y Pérez de Muñoz.

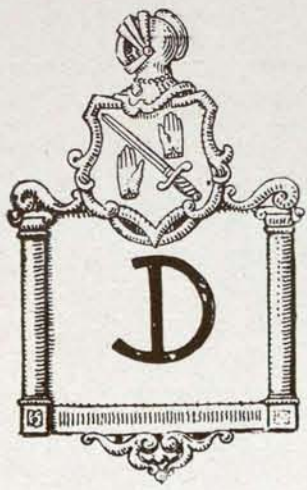
Hacemos votos porque les acompañe siempre la felicidad.



Señorita María de los Angeles Bermúdez y Jordán



Don José Torre Blanco.



Aristócratas jerezanos D. José Domecq

ON Juan Jácome, me dijo amablemente:

—Mañana, á las dos, le enviaré mi *auto* para que le lleve al Tiro de Pichón. Ya que está usted en Jerez quiero que asista á la típica caldereta con que el

ganador de la *poule* celebrará su triunfo.

Tanta atracción tenía el ofrecimiento y tanta sinceridad había en las palabras de mi buen amigo D. Juan Jácome y Ramírez de Cartagena, que no dudé en aceptar la amable invitación.

A las dos en punto del siguiente día, con puntualidad inglesa, se detenía ante el *hall* del hotel el automóvil que venía en mi busca.

A toda velocidad atravesamos Jerez—ese hermoso Jerez, lleno de sol y de alegría—y pronto estuvimos en el Tiro. Allí, en medio de extensos prados, donde tranquilamente pastaban las reses bravas de una importante ganadería, se alzaba una casita rústica, muy simpática, convertida en *chalet* del Tiro.

Autos, breaks, berlinas, anunciaban, con su presencia, que la fiesta estaba en su apogeo, y que á ella había concurrido lo más selecto de la sociedad jerezana. Entramos y, en efecto, en el recinto acotado para el Tiro, reinaba animación inusitada. Y allí estaban el marqués de Torneros, el conde de los Andes, D. Joaquín María Rivero, los señores González Byass y Benjumea, el doctor Lloret, el sobrino de la marquesa de San Lorenzo y tantos otros aristócratas, que, entre vivas y aplausos, paseaban en hombros á uno de los tiradores. Inútilmente quería éste sustraerse á la entusiasta manifestación de sus amigos. En su cara, que no podía ocultar una sincera y legítima satisfacción, se dibujaban en vano gestos de protesta, que no eran sino demostraciones de modestia.

Me acerqué al grupo y, desde luego, me intrigó ver, en la corbata del festejado aristócrata, un alfiler que en su extremo reproducía la noble Cruz de la Orden de Calatrava, engarzada en rubíes.

«Debe tratarse de alguien de importancia», pensé para mí. Y la curiosidad me hizo preguntar á Jácome, en voz baja: «¿Quién es?».

—¿Cómo? ¿No le conoce usted? ¡Si es Pepe Domecq! Acaba de ganar la *poule*. Venga conmigo, que se lo presentaré.

Confieso que me halagó la idea, pues uno de los propósitos que me habían llevado á la fiesta había sido, sin duda, el de conocer á este ilustre aristócrata, que alterna los deportes sanos y distinguidos con sus ocupaciones importantísimas de ganadero y bodeguero. ¡Nadie, como quien dice!

Estreché, pues, su mano con respeto y admiración y le felicité por su triunfo, que agradeció sencillamente. Como las famosas bodegas que posee podían suministrarme interesantes datos que ofrecer á mis lectores, no dudé, mientras charlábamos de mil cosas, en solicitar del Sr. Domecq algunos detalles... Estábamos un poco alejados de la concurrencia. El Sr. Domecq me ofreció una copa de *coñac*...

¿Las bodegas? Con razón opinó el Sr. Domecq, al tocar este punto, que eran tan extensas y todo lo relacionado con ellas tan complejo, que los mejores datos los podría recoger visitándolas. En cuanto á él, á su propia persona, me explicó, con una modestia desprovista de toda afectación, que por ahora dedica gran parte de su tiempo á la ganadería que

más de buen ganadero buen patriota, cuando una persona no piensa sólo en el provecho propio, no puede circunscribir su radio de acción á limitadas aplicaciones de su inteligencia. Así ha desarrollado sus condiciones de ganadero, haciendo resurgir en España una magnífica raza de ovejas. Se trata de la raza Shropshire, de pura sangre, que no es más que la antigua «merina» española, que había ido degenerando. Transportada hace años á Inglaterra fué allí perfeccionada y cuidadosamente seleccionada. Ahora, el Sr. Domecq ha vuelto por el prestigio de la ganadería española.

Cuando el Sr. Domecq nos hablaba de ello, no podía ocultar un legítimo contento y una noble aspiración al estimar que su labor había sido provechosa para su Patria.

Ahora hay que refrescar anualmente la sangre de los rebaños para mantener los buenos resultados obtenidos. Ultimamente, con tal fin, han sido engrosados aquéllos con doce carneros y ovejas traídos de Inglaterra.

Todo esfuerzo noble y todo trabajo honroso, si están al servicio de un espíritu fuerte, una voluntad firme y una inteligencia clara, tienen siempre su recompensa. Y el Sr. Domecq, tan entusiasmado al hablarme de sus ganaderías, se olvidó de decirme que toda esa admirable labor le valió las más altas distinciones, tales como la Gran Cruz del Mérito Agrícola—concedida sólo á los grandes beneméritos—, la encomienda de la Real y militar Orden del Santo Sepulcro y la de la Orden de Calatrava. Por su hidalguía y por su alta alcurnia tuvo el otorgamiento de unas mercedes; por su obra patriótica alcanzó otras. Por todas sus cualidades tiene, además, la amistad de cuantos le conocen y la gratitud de cuantos le sirven.

—¿Es usted aficionado á la caza?—le preguntamos.

—¡Oh! También. Cazo mucho en los cotos de Humeruelos; hay allí mucha caza: liebres, perdices...

Nuestra charla fué interrumpida por la llegada de nuevos amigos, que acudían á felicitarle. Me despedí de él, quedando citados para el día siguiente, con objeto de visitar las bodegas.

Y allí se quedó rodeado de vivas, de aplausos y de felicitaciones, el gran patriota, que á la nobleza de su abolengo y á la alcurnia de su familia supo unir, por virtud de sus méritos propios, de su talento y de su actividad, esa otra nobleza del trabajo, que en todos los países y en todas las épocas es la que promueve esa noble admiración reservada sólo para los grandes prestigios.

CONDE DE VIGNIER



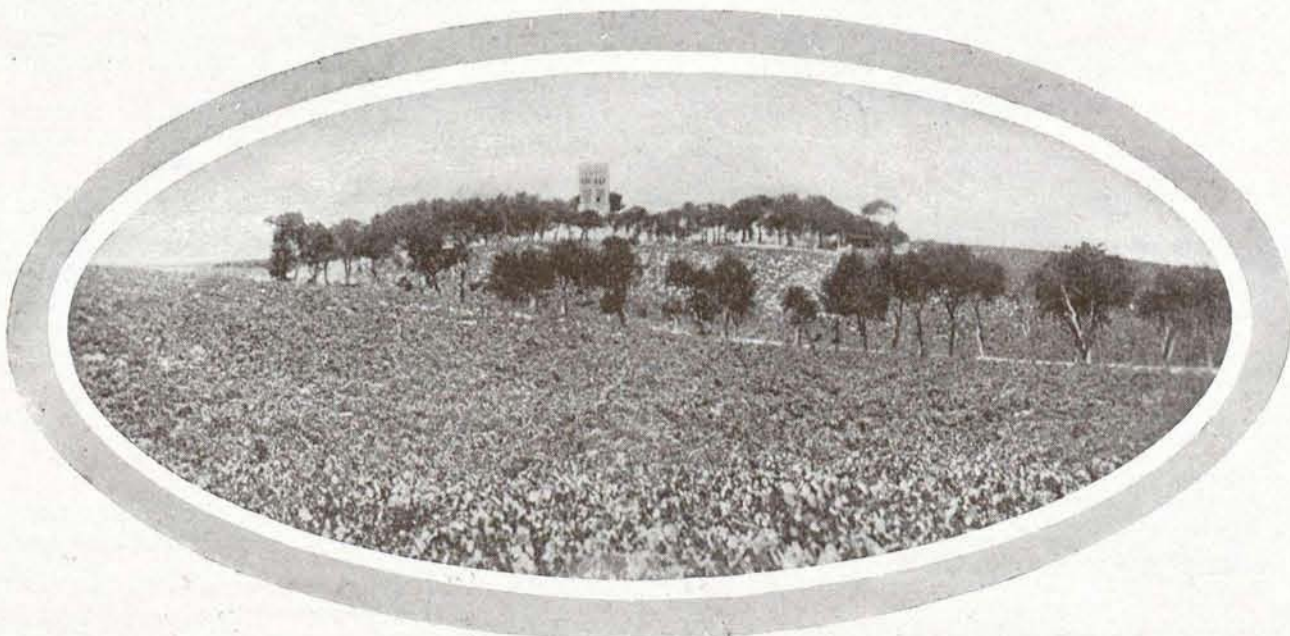
D. José Domecq.

posee, de toros bravos, cuyos recientes éxitos en Madrid, Barcelona, Sevilla y Málaga la permiten competir, con ventaja, con otras justamente afamadas.

Sólo con ver y con escuchar al Sr. Domecq se comprende que no es hombre que limite su actividad á una sola empresa. ¿Cómo, pues, había de extrañarme, al saber la historia de su ganadería caballar, que ocupa, en el término de Jerez, el famoso Rincón «el cortijo de Casarejo»? Allí se dedica el ilustre propietario á la cría de la raza Hockney y de la Hockney árabe, procurando así á su nación las ventajas de una industria que sólo se había cultivado hasta ahora en el extranjero.

Pero no es esto sólo. Cuando un hombre es ade-

Una vista de la célebre viña
«El Majuelo». A lo lejos, el
Castillo.



Don José Domecq es el
ejemplo de lo que puede una
actividad bien orientada.

Mundo Mundillo

UA Exposición de abanicos. Una Exposición organizada por la Sociedad de Amigos del Arte. ¿Será necesario agregar que es un nuevo acierto y una nueva muestra de la admirable labor artística y cultural que viene desde hace años realizando esta benemérita Sociedad?

El conde de Casal y el Sr. Ezquerria del Bayo han hecho durante muchos días un ímprobo trabajo para la clasificación y colocación de tantos abanicos de épocas y estilos diversos y han merecido por su trabajo apasionados elogios.

Para la curiosa Exposición han enviado muy curiosos modelos de abanicos las Reinas Doña Victoria y Doña Cristina, la Infanta Doña Isabel, la duquesa de Talavera y muchas damas de la aristocracia.

Muchos de ellos son verdaderas obras de arte. ¿A quién puede, pues, extrañar el éxito, grande y rotundo, del interesante certamen?

Muy de verdad felicitamos nosotros á los Amigos del Arte, que con «El abanico en España» han continuado su prestigiosa y ejemplar historia.

* * *

Otra Exposición interesante requiere nuestra atención: la de pintura española que ha de celebrarse en Londres en el próximo otoño. En el palacio del duque de Alba se ha celebrado una reunión de la Comisión organizadora, formada por el ilustre aristócrata, que es el presidente; el director del Museo del Prado, Sr. Beruete; el marqués de Casa-Torres, D. Luis de Errazu, los artistas Benlliure, Rusiñol y Benedito; los escritores Sres. D. Jacinto Octavio Picón y D. Elías Tormo, y el jefe de Política del ministerio de Estado, Sr. López Roberts.

Se acordó, entre otras cosas, pedir á algunos particulares que poseen magníficos retratos de Goya, casi desconocidos para el gran público, como la duquesa de Fernán Núñez y los herederos del conde de Pie de Concha, que accedan á enviarlos á la Exposición, así como los Velázquez que se guardan en algunos palacios de Inglaterra.

También el Greco tendrá brillante representación.

En la parte de pintura contemporánea estarán representados artistas de todo el siglo XIX, cuyas obras seleccionará cuidadosamente la Comisión.

Dada la competencia de las personas que constituyen esta Comisión, no cabe dudar del éxito que espera á una Exposición que pondrá tan alto el nombre artístico de España.

* * *

Si nos preguntaran que cuál es el mejor obsequio á una dama, les diríamos que una joya.

Si nos preguntaran que quién las tiene más bonitas, les diríamos que Sanz (hijo), Peligros, 14.

* * *

El director de la Academia de la Historia, marqués de Laurencín, ha hecho á nuestro Museo Nacional de Pintura y Escultura un donativo, tan interesante como valioso. Se trata de una antigua y notable tabla referente á los «Caballeros de Montesa», y que el docto académico adquirió há tiempo de un convento de la Orden.

Su autenticidad es indiscutible, pues el marqués de Laurencín, por su calidad de miembro de las Ordenes militares y su probada competencia en materias artísticas é históricas, no es probable que incurriera en error al adquirirla, y, además, cuantas personas competentes han admirado el cuadro, hacen del mismo grandes elogios.

Este rasgo del ilustre académico merece el general aplauso de los españoles.

* * *

Fueron á Barcelona los Infantes D. Carlos y doña Luisa, y volvieron trayéndose cariños y simpatías sin cuento del pueblo catalán. Fué á Barcelona la Infanta doña Luisa, llevando la representación de S. M. la Reina, para imponer el brazal y la medalla

de la Cruz Roja á las nuevas damas enfermeras de aquella ciudad.

Sabemos que el acto de la imposición fué un tanto emocionante, porque las nobles damas supieron agradecer en todo lo que vale la regia atención. ¿Quiénes son las nuevas enfermeras? Recordamos sus nombres: las señoras y señoritas Berenguer, viuda de Ciurana, Mercedes Morato de Peñasco, Luisa Llorach de Mercader, viuda de Cardona, Elvira Sabras, Uriach Salom de Esteva, Frigard de Elizaguirre, Lolita Frigard, Lolita Martí-Feced, Esperanza Cuevillas, Carrau, María Cañellas, Rocamora de Huelín, González Urtebise Castell de Coll, marquesa de Villanueva y Geltrú, Pons de Zamora, Espuña, viuda de Cardona, Monserrat, Ripoll, marquesa de Santa Isabel, Monserrat y Mercedes Cuadras, señorita Torres, viuda de Vernis, Matilde Sánchez de Carbonell, Cristina Fábregas, Aurora Massó de Casas Carbó, Mercedes Romero, condesa de San Lloréns y Gloria Castañar.

* * *

De una novia á su novio:

—Mira, cuando nos casemos, yo quiero que los dulces de la boda sean de *La Duquesita* (Fernando VI, 2) y vayan en esos sortijeros de alabastro que *La Duquesita* ha puesto de moda.

* * *

La Orden militar de Montesa ha acogido en su seno á tres nuevos caballeros: D. Aurelio González de Gregorio y sus hijos D. Aurelio José y D. Joaquín.

La ceremonia de armar á los tres caballeros se celebró recientemente, con gran solemnidad, en la iglesia de la Concepción Real de Calatrava.

Presidió el Capítulo el barón de Planes, y bendijo los hábitos D. Gonzalo Morales de Setién, apadrinando á los tres caballeros, respectivamente, el conde de Santa Ana de las Torres, D. Ricardo Suárez Guanes y el barón de Velli.

A la ceremonia asistieron numerosos individuos de las Ordenes de Calatrava, Alcántara y Montesa, y otras muchas personas distinguidas, que felicitaron, como nosotros hoy lo hacemos, á los tres nuevos caballeros de Montesa.

* * *

No olviden ustedes que estamos en Primavera, que es la época de las flores y que las más bonitas son las que vende José Abajo, Montera, 40.

* * *

La señorita Concepción Figuera realiza—todos lo sabemos—una admirable labor al frente del taller de Nuestra Señora del Carmen, de la Asociación de Santa Rita. Esta labor de la señorita Figuera, callada y tenaz, obtiene, cada año, la debida pública recompensa. Así, un público muy numeroso y muy distinguido acudió el otro día al teatro de la Comedia para rendir, con su presencia, un homenaje de afecto y simpatía al taller del Carmen.

La Infanta doña Isabel presidió la fiesta, y ésta fué coronada por el más lisonjero éxito.

La comedia policíaca «Rafles», representada por distinguidos aficionados, y el cuento de hadas «La princesa encantada», versificado por doña Matilde Ribot de Montenegro, y en el que tomaron parte muchos niños de familias conocidas, fueron acogidos con unánimes y prolongados aplausos.

Fué, en suma, una simpática fiesta, de la que pueden estar satisfechos sus organizadores, y, principalmente, su presidenta la señorita Figuera.



Notas de pésame

CON honda pena, con sentimiento sincero, hemos anotado las últimas desgracias por que atraviesa la sociedad de Madrid. Amigos queridísimos se hallan bajo el peso de un gran dolor, y queremos que hasta ellos llegue la expresión vehemente de nuestro pesar y la seguridad de que en estas horas de prueba les acompañamos con toda nuestra alma.

He aquí el terrible caso de la encantadora niña María de la Concepción Echegaray y Comba. Era un ángel que voló al cielo, dejando sin sombra un hogar todo alegría y todo virtud. A sus padres atribulados, D. Alfredo y D.^a María de la Concepción, á sus ilustres abuelos, D. Miguel Echegaray y D. Juan Comba—entrañables amigos—, enviamos nuestro pésame y les deseamos la resignación necesaria para poder sobrellevar el golpe que los destroza.

* * *

También ha fallecido en Madrid, víctima de una larga dolencia, la distinguida señora D.^a Rosario Rodríguez de Rivas y Ribero, viuda de Cárdenas; su muerte ha sido muy sentida, pues la finada gozaba de muchas simpatías en la sociedad.

Pertenecía á una ilustre y conocida familia sevillana, como hija que era de los condes de Castilleja de Guzmán, siendo hermanos suyos el ex senador D. Anselmo Rodríguez de Rivas, el jefe de Artillería D. José, que fué agregado á la Embajada de España en París, y el difunto conde de Castilleja. El actual poseedor del título es sobrino suyo.

De su matrimonio con el Sr. Cárdenas deja tres hijos: D. Juan, D.^a María del Rosario y D.^a Fernanda.

Para ellos y para toda la distinguida familia sea la expresión, hondamente sentida, de nuestro dolor.

* * *

En Pontevedra murió otra dama, distinguidísima por su cuna y respetada y querida por su corazón: la señora D.^a Regina García de Buceta.

Tuvo hermosura, tuvo bondad, tuvo virtud. Así lloran su muerte cuantos apreciaron estas tres cualidades de la dama.

Descansó para siempre. Y ante este dolor enviamos nuestro pésame á su hija, D.^a Gertrudis Buceta, á su hijo político, el teniente coronel de Artillería D. Lorenzo del Villar, y á sus nietecitas bellísimas, en las que la dama fallecida había puesto las ilusiones de su alma.

* * *

¡Cuántas tristezas! También para siempre abandonó á los suyos, en el pueblo de Zafra, D.^a Teresa Fernández Alarcón, viuda de D. Juan Fernández y Fernández.

Había llegado la respetable señora á edad muy avanzada, y fué ejemplar su ancianidad. Murió rodeada del cariño de sus hijos, de sus nietos, los señores de Fernández y Ramírez de Arellano y de Fernández Ramírez, de sus biznietos... De cuantos veían en ella virtud y amor sin tasa.

De verdad, muy de verdad, nos asociamos á su pena.

* * *

En Madrid dejó de existir otra distinguida dama D.^a Francisca García Socarras, esposa del opulento propietario cubano D. Miguel Díaz de Tuesta.

Al esposo y al hijo ausentes—allá en Cuba han sabido la desgracia— y á las amantes hijas, damos nuestro pésame verdaderamente sentido.

* * *

¡Otra nota triste! En El Havre ha muerto la señora D.^a Luisa Pelayo, viuda de Angulo, tía carnal de los marqueses de Amboage, del marqués de Bellamar, del laureado pintor Luis de Bea, y hermana política de los marqueses de Caviedes.

Venía de los Estados Unidos; á bordo sufrió una caída...

—Y esta caída me ha matado, me ha matado... —parece que decía ella á sus sobrinos los Amboage, que por encontrarse accidentalmente en París han podido auxiliarla en sus momentos últimos.

En El Havre ha muerto sin poder llegar á su casa de París. ¡El destino manda!

EL DÍA DE RECEPCIÓN

SE ha democratizado mucho la moda de tener un «día» de recepción. Antes era solamente patrimonio de las damas de la aristocracia; actualmente, todas, todas (apostaríamos que hasta la frutera de la esquina) han elegido un día al mes, por lo menos, para recibir á sus amigas.

Acaso por esta costumbre de recibir con más frecuencia, la casa moderna ha perdido la frialdad, la severidad de antaño. Ocurre con ella igual que con las personas que uno trata constantemente; aunque ocupen una posición muy elevada pierden algo de su «decorum», pero en cambio ganan en simpatía.

No hablo aquí de ciertos salones escogidos, que sólo escasos privilegiados tuvieron el honor de visitar, y cuyas puertas se abren únicamente ante los que poseen venerables pergaminos.

Esta costumbre es digna de nuestro respeto, pues con ella podemos conservar aún las tradiciones del gran mundo.

Nuestros cronistas nos han revelado la fastuosidad de las fiestas que en estos salones se celebran y, poco á poco, merced á estas preciosas informaciones, los que no tuvieron la posibilidad de enterarse personalmente, han aprendido, en las columnas de su diario, el arte de «recibir».

Muchas veces me he preguntado por qué en los institutos y, con frecuencia, en los colegios de señoritas no se han instituido cursos sobre la manera de organizar bien una casa para los días de recepción, lo mismo que existen otros para aprender á ejecutar labores ó cualquiera otro trabajo manual.

Me contestarán que una joven de buena familia no tiene necesidad de ir á la escuela para que la enseñen estas cosas, y que en ningún sitio mejor que en su propia casa puede comprenderlas, pues allí no tiene más que seguir el ejemplo de su madre. Pero, por desgracia, no debemos olvidar el refrán francés, que dice con mucho acierto: «Nadie es profeta en su país». ¡Y es tan verdad!

Tenemos que vivir cierto tiempo fuera de nuestro ambiente para darnos cuenta de su justo valor. Por eso sigo creyendo que estos cursos de pedagogía mundana no

serían nulos en los institutos de señoritas, y quizás evitarían ciertas faltas de tacto que se cometen con demasiada frecuencia.

Algunas señoras se figuran que el día de recepción es un día para exhibir cuanto han comprado. Amontonan en su salón los muebles y objetos que poseen un valor intrínseco... ¡Todo es poco para esta solemnidad! Transforman así su salón en una sala de exposición heteróclita, y lo peor es que no se conforman solamente con el arreglo del decorado, sino que creen de buen tono vestirse de modo especial para recibir á sus amigos y aprenden de memoria los ecos mundanos de la semana... ¡Si supieran aquellas pobres señoras que la verdadera elegancia, la única, es la sencillez y la armonía!

La sensación más agradable cuando entramos en un salón es creer que estamos en una habitación de nuestra propia casa.

usar alhajas en la mujer que está en su casa. En aquel día debe olvidar por completo que las posee, por muy valiosas que sean. Lo que se le puede permitir es una sortija discreta y una pulsera; pero el collar de perlas y la «riviére» de brillantes deben dormir tranquilamente en sus respectivos estuches, mientras su dueña atiende á sus amistades.

Nos ha preocupado mucho «la hora del te». Cómo debe servirse, ¿en el salón ó en el comedor?

Se ha generalizado la costumbre de servirlo en el comedor—por una vez lo práctico ha vencido á lo elegante—; hay que confesar que era «chic» tomar el te en el salón, sosteniendo con dificultad la taza y el platito de dulces. Es mucho más cómodo, aunque menos estético, quizás, sentarse alrededor de una mesa grande sobre la cual todo está bien dispuesto.

Es original la moda de este año—en París, por lo menos—de servir el te en el salón encima de una mesita portátil, más bien baja y de estilo exótico, recordando legendarias fiestas gastronómicas en países de ensueños.

Ciertas personas que van por vez primera á un nuevo salón se preguntan con inquietud cuánto tiempo deben permanecer en visita. ¿Un cuarto de hora, es poco? ¿media hora, es demasiado?

Nadie puede contestar á estas preguntas; las visitas durarán el tiempo que uno cree conveniente, según la amabilidad de la dueña de la casa y según con quién nos hallamos. Y como hay que contar siempre con nuestro egoísmo, diremos que nos quedaremos mientras estamos á gusto.

Otra de las cosas que debe aprender bien el ama de casa es el saber recibir con eterna amabilidad á las visitas, aun á las que no sean de nuestro agrado. Es preciso tener siempre á flor de labio una frase gentil de encomio para nuestras amigas por sus «toilettes» y por su buen gusto. En esto está el gran mérito. Nada de particular tiene que estemos contentas al lado de nuestras buenas amiguitas. Lo más difícil y lo más meritorio es demostrar que lo estamos al charlar con las que tienen la desgracia de no haber intimado con nosotras.

Pero, lectoras, vosotras también conocéis estos pequeños secretos.



Todo cuanto nos rodea en él nos debe sonreír con afabilidad y benevolencia: las cosas y las gentes. Un derroche de lujo impone comedimiento y ahoga toda intimidad. Recuerdo de una dama, cuyo salón era el punto de reunión de toda la nobleza de su época, que, para no molestar á sus convidados, hacía retirar de sus salones los objetos más valiosos, para no despertar la envidia entre sus amistades.

También resulta una cuestión ardua, y que requiere un tacto delicado, la de vestirse para recibir visitas, pues el traje que tiene una que llevar para esta circunstancia debe ser de un lujo apagado, disimulado, si se quiere—para que sus amigas se den cuenta de que se han vestido para ellas—, dejándoles la satisfacción de creer que el vestido que se han puesto para venir es más elegante. Debe ser menos aparatoso que un traje para hacer visitas y mucho más lujoso que el traje «d'interieur». Igualmente hay que reprobear la moda de

ORO VIEJO

CUADRO DE COSTUMBRES VERÍDICAS. EN DOS ACTOS

POR LA

SRA. MARQUESA VIUDA DE MONTELLANO Y DE MONROY

(CONTINUACION)

DON ANGEL.—Bien, gracias a Dios. ¿Y las vuestras?

JUAN MANUEL.—A vuestro mandato.

DON ANGEL.—¿Qué te trae por aquí?

JUAN MANUEL.—Pues esa carta que me dió el señor administrador para usted y ahí le diré lo que traigo.

DON ANGEL. (Rompe el sobre y lee en voz alta: «Señor don Angel Pérez. Muy señor mío: Yo bien, a Dios gracias. Me alegraré que esta le halle en cabal salud, como para mí y para usted deseo. Juan Manuel el ordinario entregará a usted la renta de la dehesa «Guadiana», en las siguientes monedas: 10.000 reales en cuartos, 20.000 reales en napoleones y diez mil reales en onzas y medias onzas de oro y ochentinos y veintuno y cuartillo. Usted le dará el recibo y hará el favor de manifestar a la señora Marquesa perdone la tardanza en mandarlos, pues hogaño hemos tenido mala cosecha y para completar la renta han tenido que vender alguna de las haciendas, así que la señora dispensara; quedando a sus órdenes q. b. s. m., *Perfecto Amor.*»)

Espérate que voy a ponerte el recibo para que se lo lleses a don Perfecto, y ahora, vamos a ver, ¿y a ti qué se te debe por la conducción de estos caudales?

JUAN MANUEL.—(Rascándose la cabeza, sobre el pañuelo.) Pues, *miusté* lo *mesmo* que me dan cuando llevo la renta de aquí a Salamanca... una peseta.

DON ANGEL.—(Le da la peseta y Juan Manuel toma el sobre que le da don Angel con el recibo que extendió, y cerrándolo, Juan Manuel dice):

JUAN MANUEL.—Está bien; mande usted a la chica que recoja dos pavos que he traído de parte del señor administrador para estas Pascuas; doce docenas de huevos frescos que me dió *la mi mujer* para la señora, y que ya tiene echadas unas gallinas para que saquen pollos y mandárselas... pues estamos muy agradecidos a la señora.

DON ANGEL.—¡Bueno, hombre, bueno! Ya se te mandarán las colaciones para Nochebuena.

JUAN MANUEL.—Gracias; no se le olvide a usted la baraja.

DON ANGEL.—¡No, hombre, no! Si las dichosas colaciones me traen loco, pues cada uno de tantos como sois tenéis que llevar la consabida baraja, con el duro, las doce cajas de jalea, la pescada, el pañuelo matafrios para la montaraza, los puñuelos de hierbas para las chicas, el vestido de percal para los días de fiesta y... en fin, que me vuelvo loco con tantos montones como tengo que hacer, y tengo ya el cuarto de la reja lleno hasta arriba, y ¡no digo nada cuando empezáis a venir con corderos, conejos, cabritos, quesos, la probadura de la matanza y las tortas de chicharrones; así es que el salón de juntas resulta pequeño, y el antepatio parece el portal de Belén, con su tejadillo y sus columnas...

JUAN MANUEL.—Pues por muchos años y con salud. Ya mandaré por todo.

DON ANGEL.—¡Y tú que lo veas!

(Vase Juan Manuel. Oyese llamar a la puerta y una voz que dice:)

—¡Alabado sea Dios!

DON ANGEL.—¡Sea para siempre! ¡Adelante!...

ESCENA III

HERMÓGENES.—Buenos días tenga usted. ¿Cómo está la señora y todos los de casa?

DON ANGEL.—Bien, gracias a Dios. ¿Qué te trae por aquí?

HERMÓGENES.—Pues vengo a traer la renta de Encina Sola y deseo que me tome usted la cuenta y que haga el favor de despacharme pronto.

DON ANGEL.—¡Bueno, hombre, bueno! Hoy no me dejás parar. ¿Dónde has dejado las gallinas?

HERMÓGENES.—Están en el patio, en cuatro

banastas; de manera que son setenta gallinas y cinco pesetas en cuartos que traigo aquí.

(Saca de la bolsa del cinto un pañuelo atado con una cuerda, con cinco pesetas en cuartos y dice contandolas.)

—Ya sabe usted que son o peseta o gallina; pero en cinco casas no me han querido dar la gallina y me han dado la peseta. De manera que aquí las tiene usted: una, dos, tres, cuatro, cinco, y setenta que están en las banastas, son las setenta y cinco de la renta.

DON ANGEL.—Pues di a Mauuel Moro que vaya en seguida al prado de los Banales, que traiga las burras, cargue las gallinas y las lleve al santo Hospital de Salamanca, para los enfermos, de parte de la señora Marquesa, como todos los años, y que se vuelva pronto porque tenemos que ocuparnos del jaleo que nos viene con repartir las colaciones, y ese día y el de Pascua hay que repartir por la mañana el pan a los pobres.

HERMOGENES.—¿Y el señorito?... ¡Nos tiene abandonados!...

DON ANGEL.—No, hombre, no. Es que está pasando una temporada en Juarros de Botaya, con su compañero Juan Antonio, que cuando el señorito se quedó huérfano, de cuatro años, lo trajeron para que jugase con él, y su padre tiene tanta ley al amo, que considera que todo lo que ha ganado allí es del difunto señor Marqués, que en gloria esté, y no sabe qué hacerse con el señorito.

(Se oye tocar a misa.)

DON ANGEL.—¡Jesús, Dios mío! Con todas estas cosas vamos a perder la misa. ¡Qué tarde se ha hecho! Que avisen a la señora que ya se oye cantar a los chicos de la escuela.

(Se oyen campanillas y entra Isabel muy apurada, diciendo.)

ESCENA IV

ISABEL.—Vamos a misa, que no llegamos; don Angel, dese usted prisa que ya se ven los chicos.

DON ANGEL.—Déjate de chicos, mujer, y avisa a la señora.

(Isabel abre el balcón de par en par y se ve la plazuela con la iglesia enfrente y los chicos formados de dos en dos. Delante, uno de ellos con la cruz, de madera, pintada de verde; detrás el maestro; éste con capa y gorro de terciopelo con una borla colgando al lado derecho, y todos cantando a coro:

«Dios hizo el cielo con su poder,
hizo la tierra y el mar también.
El sol y estrellas brillan por El;
buenos seamos, que Dios nos ve.»

Se oye el canto hasta que desaparecen dentro de la iglesia, y las campanas que siguen tocando a misa. Dentro de la sala ha de haber mucho movimiento. Don Angel quitándose el gorro y poniéndose el sombrero; la Marquesa acompañada de sus doncellas; éstas con sus mantillas redondas y sus rosarios. La Marquesa, con vestido negro, pañuelo alfombrado en punta, mantilla de casco y veló de encaje echado a la cara; todas muy de prisa porque creen que no llegan a tiempo a misa.)

ISABEL.—(Asomándose al balcón.) ¡Hermoso día para el baile en la pradera!

MARQUESA.—¡Vamos! ¡Dense ustedes prisa, que no se ilegal!

(Una llevará un bizcocho maimón; otra, una jarra de plata, y en el asa enroscadas, tres cerillas amarillas y una toalla; otra, seis velas de cera y un paño blanco.)

SIMONA.—Hoy nos predicará el señor cura el mismo sermón del año pasado... y del otro... ¡Parece que no sabe más!...

(Entra Jaro.)

JARO.—¡El bizcocho, señora Manuela, el

bizcocho para el ofertorio y el vino para la ofrenda!

FARRUCA.—¡Cállate, mostrenco, que ya va todo! Más te valía traer el hachero para las velas.

JARO.—¡El caso es que no sé en dónde está! DON ANGEL.—En la iglesia..., hombre..., en la iglesia, que te lo dejaste olvidado...

MARQUESA.—Pero, ¿quieren ustedes que echemos a andar?

DON ANGEL.—¿Dónde habré yo puesto mi capa? ¡Son tantas cosas, que se vuelve uno loco! ¡Hermógenes!! (llamando). Quedate al cuidado de la casa hasta que volvamos; cierra bien las puertas.

(Salen todos muy agitados, como faltándoles el tiempo, y oyéndose el repique de la campana.)

CAE EL TELÓN

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

(La misma decoración. LA MARQUESA sentada en el sofá. Entra el MÉDICO y se adelanta a saludarla.)

MÉDICO.—A los pies de usted, señora... ¿cómo ha pasado la noche?

MARQUESA.—Bien, gracias a Dios. ¿Y usted, don Saturnino?

MÉDICO.—Bueno, señora, a sus órdenes siempre. ¿Y el Marquesito? ¿Qué noticias tiene usted del señorito Pepe?

MARQUESA.—Muy buenas, a Dios gracias. Sigue en Juarros, en casa de Juan Antonio; sí, señor, ¡está tan encariñado con Juan Antonio!... y como mi pobre hijo está tan solo y aquella finca es tan sana... figúrese usted que tiene cuatro leguas de pinar; juzgue usted si será sano el aire... así que yo, aunque lo paso muy triste desde que me quedé viuda, lo dejó estar allí con tal de que él esté bien... Yo me encastillé en esta casa, a donde se trajo el archivo de Salamanca cuando los franceses, para más seguridad, con el firme propósito de arreglarlo y estudiar los pleitos que quedaron en suspenso; por lo cual y por la edad de Pepito, tendré que trasladarme pronto a Madrid para ponerlo en un Colegio.

MÉDICO.—Señora, dispéñseme, pero no se lo aconsejo: los hijos nunca están mejor que al lado de los padres, y una casa en la que no se aprenden más que buenos ejemplos de todos, con mayor razón, pues es el mejor cimiento para el porvenir.

(Suena un golpe en la puerta de la sala y se oye la voz de don Ignacio, que dice:—¿Están ustedes en forma visible?)

MARQUESA.—¡Adelante, señor Cura, adelante!

ESCENA II

(Los mismos y DON IGNACIO, Cura del pueblo, ya anciano, con sotana, gorra con visera muy larga y una cayada en la mano.)

DON IGNACIO.—¡Santos y buenos días tengan ustedes! ¿Cómo vamos de salud? ¿Y las obligaciones?

MARQUESA.—Bien, a Dios gracias, todos, ¿y usted, señor Cura?

DON IGNACIO.—Bien y siempre a sus órdenes.

MARQUESA.—¿Qué nos cuenta usted, señor don Ignacio?

DON IGNACIO.—Pues, señora mía, que si Dios no lo remedia, hogaño va a ser de mucha hambre. Salimos el otro día, según costumbre, con el pueblo a echar la bendición a los campos y ¡daba lástima verlos!... ¡quemados de los hielos!

(Continuará.)

CASA CAMPOS

CALLE DE NICOLAS
MARIA RIVERO, 11



A. C. C. F. E.

Un rincón de la espléndida sala de conciertos.

VENTA EXCLUSIVA DEL INCOMPARABLE

PIANO MANUALE BALDWIN

Y DE LOS PIANOS STEINWAY y ELLINGTON

Muebles de lujo. Muebles de estilo
Muebles para despachos y oficinas
Antigüedades. Linoleum

Palacio u Hotel de Ventas

Atocha, 34

Madrid



Guardamuebles

Muebles de ocasión. Entrada libre



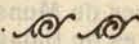
LA VILLA DE PARIS

CALLE DE ATOCHA, 67

Vestidos

Abrigos

Blusas

Esta Casa, la más importante de España, recibe de París todas las semanas nuevos modelos. 

carlos gonzalez y hermano
casas en madrid (grau via 14)
sevilla. huelva. cordoba. málaga.



decoración
cerámica
azulejos
saneamiento
hierros
artísticos




En esta Casa se exponen siempre en sus instalaciones del piso entresuelo las últimas creaciones para decoración de habitaciones y las más altas novedades en tapicerías.



Vista parcial de una de las habitaciones de la exposición.

Modelos originales y extranjeros en
CORTINAJES ARTÍSTICOS, ALMOHADONES FLAFONIER, etc., etc.

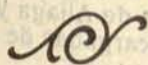
Luis Vinardell

Azulejos  Mosaicos

Lavimentos

Cuartos de baño

Aparatos sanitarios



Exposición:

Alcalá, n.º 12. = Madrid



Alesanco

Peletería :: Novedades

Géneros de Punto

Venta y Exposición:

Carretas, 6

Los lunes del Ritz

En el Hotel Ritz se han inaugurado ya las comidas en la terraza. ¡Qué delicioso sitio! Así se ve de animado y hasta de divertido. El último lunes se inauguró. El aspecto era extremadamente agradable. Las mesas estaban adornadas con lindas flores y con el peculiar gusto de siempre.

Con la Baronesa de Maldá y familia, comieron los Duques de la Victoria, los Marqueses de Portago, Srta. Lulú Carbajal, Srta. Lily Rospide; Duque del Arco, Marqués de Moratalla y don José Sartorius.

Los Condes de Figols sentaron a su mesa al General Milans de Bosch, señora e hijas, a don Isidoro Rodríguez y señora, D. Narciso de Olano y a D. Agustín y D. José Luis de la Serna.

Los Sres. de Pardo, D. Adolfo, tuvieron como invitados a los Marqueses de la Rivera e hija, a los Sres. de Nardiz, Condesa de Añorga, señoritas de Pinto, Srta. de Villa y Srta. de Pardo.

Con el Capitán Charles, comieron el Capitán Wells y señora, el Coronel Tisseyre y señora, Coronel Baird, Sr. Rable y el Marqués de San Miguel.

Con el Barón de Güell, comieron los Marqueses de Monsolis, los Sres. de Palleja y los señores de Balaguer.

El Sr. Polack sentó a su mesa a la Sra. de la Fuente de Polack, Sra. de la Fuente de Escobar, Srta. Ester Escobar y de la Fuente, D. Víctor Echaussen Valero, Ministro de Chile y Sra. Fernández Blanco.

Con el Teniente Coronel Pereira, Agregado Militar de la Legación de Portugal, comieron: el Ministro de Portugal, D. Carlos de Rivera, doctor Vasco de Quevedo y el Capitán D. Luis Teyza.

En otras mesas vimos a la Duquesa de Parcent, a los Condes de Esteban Collantes, a los Sres. Mateos Collantes, a los Sres. Sáinz de Vicuña, Sr. Ministro de Suiza, Sr. Giménez y señora, D. Santiago Alba, D. Natalio Rivas, Marqueses de Falces, a los de Lembky, Sra. de la Torre e hija, Marqués de Castell Bravo, Sres. de Rodríguez Acosta, a los Marqueses de Albaicín, Sres. de Ristich, Sres. de Jager, Sr. Gullón y familia, Ministro de Rumania, Barón y Baronesa de Woelmont, Srta. de Chastel, don Tomás Ibarra, Sr. Cañal, Ministro del Trabajo, Duque de Almodóvar del Valle, los Sres. de Garriga, los Condes de Calharis, Marqués del Baztan, Lord y Lady Tredeger, Lord Keyon y otros muchísimos más que no podemos recordar.

Después de la comida asistieron muchas distinguidas familias al baile, que estuvo muy animado.

Notas de Arte

Dos retratos de Juan Antonio Benlliure

El laureado artista Juan Antonio Benlliure, el exquisito pintor de bellezas femeninas, que el año pasado alcanzó un legítimo triunfo exponiendo aquella serie de retratos admirables, acaba de lograr otro merecido éxito.

En su elegante estudio de la carrera de San Jerónimo, que adornan preciosas obras de arte, por celanas y telas antiguas, han estado expuestos, algunos días dos nuevos y magníficos retratos y con tal motivo ha sido aquél muy visitado por amigos y admiradores del pintor, que hicieron justos elogios de la obra.

En ambos lienzos ha demostrado Juan Antonio Benlliure el acierto y la delicadeza de ejecución que en los anteriores, justamente con el notable parecido de las personas retratadas, el perfecto dibujo y una artística disposición de las figuras. Por ello ha recibido numerosas felicitaciones.

Las obras en cuestión son los retratos de la ilustre Duquesa viuda de Uceda y de su hija, la Duquesa de Medina de Rioseco, y cada uno, por su estilo, es digno de tales alabanzas.

Por el colorido, justo y apropiado, y por el gran parecido de ambos, son los retratos de la Duquesa de Uceda y de su hija de las más afortunadas producciones de Juan Antonio Benlliure. Ello justifica las calurosas felicitaciones recibidas, y que pocas veces podrán ser consideradas más justas.

En el estudio del inspirado artista se ven comenzados otros lienzos, que prometen ser notables obras.



« VIDA ARISTOCRÁTICA »

Rogamos a nuestros suscriptores que se ausenten de Madrid durante el verano, se sirvan comunicarlo a estas Oficinas, para remitirles la Revista directamente a sus residencias estivales

La Reina y los hospitales de la Cruz Roja

De continuo hemos admirado la labor de la Reina, y la hemos aplaudido, y la hemos elogiado, y hasta en nuestros instantes de poetas la hemos dedicado algunos versos.

Es una labor de caridad que llega a emocionar.

Y lo mismo que recogimos el brillante artículo de la condesa de Pardo Bazán titulado «La Visitadora del Pobre», recogemos en parte lo que dice *Monte-Cristo* en *El Imparcial*:

«Esa admirable institución de la Cruz Roja, cuya Asamblea general acaba de celebrarse en Ginebra, esa institución por tantos títulos excelente, que durante la pasada guerra prestó a la Humanidad grandes servicios, tiene en nuestra Soberana su más entusiasta protectora, debiéndose a su regia iniciativa la fundación de los hospitales, cuyo perfecto funcionamiento hácelos dignos de sus altos fines.

Cuando el público madrileño llena las salas de espectáculos donde a la continua se celebran funciones benéficas, organizadas por aristocráticas damas para aumentar los recursos de la Cruz Roja, contento con haber pagado a elevados precios las localidades, rinde el homenaje cariñoso de su aplauso a la hermosa Soberana, adivinando con fino instinto que sin ella, sin el calor que presta a la grandiosa obra humanitaria, acaso ésta languidecería falta de apoyo, como flor sedienta de rocío.

En efecto; recientemente se ha manifestado esta predilección de la Reina por los hospitales de la Cruz Roja, que no a otro objeto han obedecido el viaje triunfal de la Infanta D.^a Luisa y del Infante D. Carlos a Barcelona, la rápida visita de la Infanta D.^a Isabel a Guadalajara y la larga estancia en Ceuta de la duquesa de la Victoria, a la que sustituyen actualmente en la plaza africana las señoritas de Tovar y de Castellanos en su calidad de enfermeras de la Cruz Roja.

Mas el sostenimiento de estos hospitales, que la Reina aspira a que se vayan aumentando, especialmente en nuestras posesiones de Africa, donde son aún más necesarias que en España, cuesta no poco dinero; puede formarse idea de ello con sólo decir que en el hospital de Madrid frecuentemente visitado por D.^a Victoria, se ha dado asistencia durante el primer trimestre del año actual a 9.268 enfermos, aparte de las 48 camas, que están siempre ocupadas; que esos 9.000 enfermos han sido todos, después de examinados por los médicos, vendados y cuidados inteligentemente por las damas enfermeras, de las cuales hay quince diariamente haciendo servicio desde las nueve de la mañana hasta la una de la tarde.

Añádase a esto que en el de Ceuta, apenas instalado, es ya crecidísimo el número de enfermos a que se presta asistencia; que han encarecido a compás de los demás artículos de la vida, no solamente las subsistencias, sino las gasas, los algodones, el yodo, todos los medicamentos y los aparatos quirúrgicos indispensables en este género de establecimientos.

«Dar la dicha y hacer el bien—ha dicho el escritor suizo Federico Amiel—, he aquí nuestra ley, nuestra áncora de salvación, nuestro faro, nuestra razón de ser.»

Así, la Reina Victoria, faro de fuz, a cuyos pies se agrupan tantos nobles corazones, da el ejemplo desde su altura, y ocupa la mayor parte de su existencia en esta y otras obras caritativas y sociales.

Vayan, pues, a sus augustas manos las pequeñas limosnas y los grandes donativos que ella reparte luego, según la máxima evangélica: con esplendor y con inteligencia. La marquesa de la Mina, la duquesa de Aliaga y la duquesa de la Victoria son las encargadas de recibirlos.»

Nicolás Martín

Proveedor de S. M. el Rey y AA. RR., de las Reales Maestranzas de Caballería de Zaragoza y Sevilla, y del Cuerpo Colegiado de la Nobleza de Madrid.

ARENAL, 14

Efectos para uniformes, sables y espadas y condecoraciones.